



ENEMIGOS DEL ESTADO

Una revista para la resistencia libertaria



1ª ENTREGA
MARZO 2026

EN MEMORIA DE
MURRAY ROTHBARD

Índice

100 años de Murray Rothbard.....	4
Donald Trump: Incompetente y mentiroso criminal de guerra	8
Los humanos son necesarios	13
El anillo que nadie quiere destruir: reserva fraccionaria, ciclos y la pérdida silenciosa del ahorro	17
Tecnología, entropía de la información y descentralización.....	23
El viaje del converso: Del puño en alto a la mano invisible.....	28
El secuestro de la Escuela de Salamanca .	33
Sobre la producción estatal de defensa y seguridad.....	38
La situación del libertarismo en el espectro político	42
Problemas y contradicciones de la democracia	46
No somos ratas ni mariposas, somos seres humanos creativos.....	52



100 años de Murray Rothbard

Por Jorge Muñoz (@libertad_individuo)



No es casualidad que el comienzo de esta revista coincida con el mes en que se conmemora el 100 aniversario del gran Murray N. Rothbard. Pues hace poco celebramos un evento para conmemorar su vida y obra y empecé a leerme biografías suyas, siendo la más completa la escrita por Justin Raimondo. Leyendo esas páginas me di cuenta de que Rothbard no fue únicamente un autor hiperprolífico, sino que también combinó su tarea de estudio teórico con un fuerte compromiso por el cambio práctico, involucrándose en partidos y publicando en cualquier revista que diera voz a las ideas de la libertad.

Siguiendo los pasos de su maestro Mises, pero diferenciándose en que Rothbard defendía una sociedad libre desde una perspectiva moral y no utilitaria. Lo que le definía realmente era su pasión por la justicia y toda su obra fue llevada a cabo en esa línea. Fue un estudioso de la libertad y su obra puede leerse en esa clave: una lucha entre el poder y la libertad, entre el estado y el pueblo, entre la clase extractiva y la productiva.

Es difícil sobreestimar la influencia que Rothbard ha ejercido en el movimiento libertario, no solo a lo largo de su vida, sino con posterioridad. En concreto, en España

tenemos a grandes anarcocapitalistas como son Miguel Anxo Bastos y Huerta de Soto, que continúan y amplían la tradición rothbardiana y austriaca.

Recuerdo hace unos años cuando me leí el [Manifiesto libertario](#), ¡qué gran libro! Una lectura amena y cargada de ideas radicales. Realmente no fue tanto shock para mí pues, de tanto escuchar a Bastos, ya había interiorizado muchas de las ideas, pero aun así fue una lectura que disfruté como un niño. Tras esa lectura no pude sino seguir leyendo la obra de Rothbard y cada libro me sorprendía más que el anterior. Desde su [Ética de la libertad](#), donde busca obtener una ética basada en la propiedad privada y que puede ser descubierta gracias a la razón humana, basada en los derechos naturales inalienables y que su predilecto discípulo Hans-Hermann Hoppe amplió con su ética de la argumentación.

Y qué decir de su gran tratado [Hombre, economía y estado](#), el cual fue una obra de juventud que comenzó a escribir al poco de haber leído [La acción humana](#) de Mises. La idea inicial era escribir un resumen de la obra de Mises, pero la tarea se le fue haciendo cada vez más grande a Rothbard y terminó con más de 1000 páginas. Mejorando a su maestro en el análisis de los precios de monopolio, los cuales, siguiendo la tradición austriaca, no se puede decir que existan como tal, sino que el monopolio debe definirse como un privilegio que el estado da a determinada empresa. También amplió el análisis del problema del cálculo económico a las grandes empresas, las cuales llegan a un punto en que, debido a su dimensión, no podrían calcular igual que le sucedería a un estado socialista.

En cuanto al dinero, uno de mis libros favoritos es [El misterio de la banca](#), donde nos cuenta cómo los estados y los bancos han ido de la mano a lo largo de prácticamente toda la

historia y cómo, gracias a su relación simbiótica (y parasitaria para el resto), han podido ampliar su poder cada vez más, hasta llegar al día de hoy a una cartelización absoluta del sistema bancario y privilegios exorbitantes. Desde el secuestro del patrón oro, el secreto de la banca de reserva fraccionaria, la creación de los bancos centrales y muchísimo más.



En esta tónica siguen obras como [¿Qué le ha hecho el gobierno a nuestro dinero?](#) y [El caso por un dólar 100% oro](#). Donde narra la historia de cómo el gobierno fue expropiando el dinero que la humanidad había elegido a lo largo de la historia, a través de leyes de curso forzoso y la legitimación de los intelectuales, para finalmente acabar dándonos unos papelitos de monopoly que a duras penas pueden ser llamados dinero.

En [La Gran Depresión](#) nos narra, efectuando una aplicación práctica de la teoría austriaca de los ciclos económicos, cómo fue que, gracias a la Reserva Federal, se dio una expansión artificial del crédito que produjo la crisis. Esta se dio fundamentalmente por los cambios en los porcentajes de encaje de depósitos a la vista y depósitos a plazo, lo cual hizo aumentar los medios fiduciarios gracias a la reserva

fraccionaria y a la cartelización bancaria. Siendo este aumento de la masa monetaria camuflado por la estabilidad de precios de la que Irving Fisher se jactaba.

En su [Acusación contra la Reserva Federal](#) nos cuenta la historia de cómo se creó el banco central de los estados unidos, haciendo un brillante análisis de la élite del poder y del papel que jugaron los intelectuales y la propaganda para conseguir este objetivo. La reunión secreta de banqueros y políticos en la isla de Jekyll y la creación del banco siguiendo el modelo de los bancos centrales europeos.

En esta línea también tenemos el interesantísimo [Wall Street, bancos y política exterior norteamericana](#), donde hace un brillante análisis de la élite del poder de estados unidos en cada momento y analiza las diversas intervenciones en base a eso, contándonos las relaciones que había entre cada uno de estos personajes y quién se beneficiaba de cada intervención. Narra cómo la entrada en ciertas guerras podía beneficiar a clanes como el de los Morgan o Rockefeller.

Su obra de madurez fue [Historia del pensamiento económico](#), grandísima obra que también estaba pensada para ser algo breve al principio y que terminó en dos tomos de más de 1000 páginas (quedó pendiente un tercero, del cual aún se conservan sus notas y se dice que **Salerno** completará algún día). Esta es una obra brillante y revisionista, donde da una visión totalmente rompedora de la historia económica, comenzando por tirar por la borda la teoría Whig de la historia, la cual nos dice que el progreso siempre es ascendente y que los últimos autores siempre tienen incorporado todo el conocimiento que les precedió; cosa que demostró ser totalmente falsa basándose en el libro de Thomas Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas*.

Desde los griegos hasta Bastiat, criticando a Aristóteles por no ver que un intercambio no implica una igualdad (error que fue lastrado hasta la edad media por la autoridad de la que gozaba "el filósofo"). Atacando duramente a Adam Smith, autor que supuso un gran retroceso en el avance de la economía y del que bebieron Ricardo y Marx, de los cuales cogieron su teoría del valor-trabajo, propia del calvinismo imperante en Smith. Nos habla de los brillantes autores olvidados como Cantillon, Turgot y Say, los cuales, de haber seguido su sendero, habrían hecho que la economía avanzase a un ritmo mucho más rápido. Rescatando a los escolásticos de la escuela de salamanca, a los cuales considera como pre-austriacos que, como teólogos, habían resuelto la paradoja del valor y habían entendido que era subjetivo; y que, a excepción de la ley de la utilidad marginal (que no llegaron a ver pero rozaron), fueron brillantes, pero lamentablemente olvidados.



Tiene artículos brillantes también, los cuales se pueden ver en [Controversias económicas](#). Sobre todo, los de metodología

me parece que tienen un gran interés, pues muestran claramente el enfoque praxeológico y cómo se deduce todo el sistema a partir del axioma de la acción humana. Partiendo del aristotélico-tomismo, nos expone los principales argumentos a favor de la praxeología y por qué es el método correcto para el estudio de la acción humana, citando a autores que siguieron este método como J. B. Say y Nassau Senior, entre otros.

En cuanto a temas de actualidad, en el [Rothbard-Rockwell Report](#) podemos ver cómo este autor no se quedaba en la teoría, sino que entraba de lleno en la práctica y en la crítica más fiera y sarcástica que te puedas imaginar. Desde críticas a medidas gubernamentales a críticas de cine, ¿qué más se puede pedir?

El principal problema de hablar de las obras de Rothbard es que nunca le harán justicia, pues siempre quedarán obras tuyas brillantes fuera y las que se han tratado aquí lo han sido muy por encima. Por eso espero que al menos a alguno le haya picado la curiosidad para leer alguna de las obras citadas y esperemos que esta revista sirva para continuar y ampliar la tradición austriaca y anarcocapitalista.

Ahora que conocemos la verdad, ¿cómo podemos alcanzar la victoria?



Donald Trump: Incompetente y mentiroso criminal de guerra

por Óscar R. Carreiro



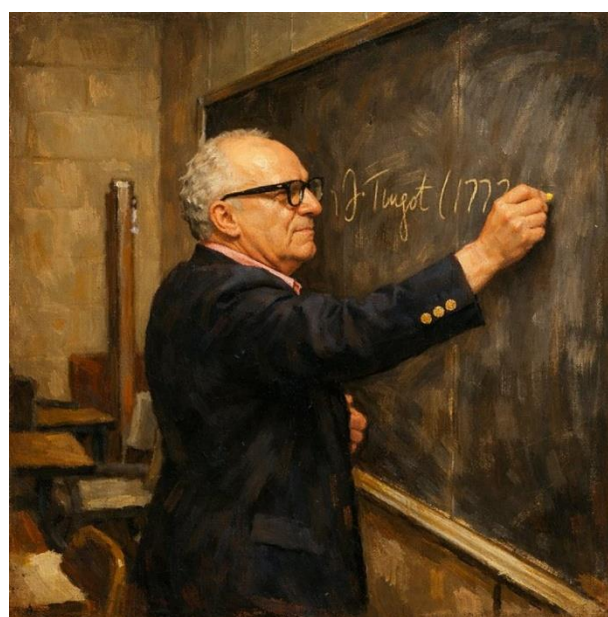
En una [entrevista en 1973](#) en la revista *Reason*, Murray Rothbard aclaraba cuál es la posición libertaria en relación a la Guerra:

“La posición libertaria, en general, consiste en minimizar el poder del Estado tanto como sea posible, incluso hasta cero, y el aislacionismo es la expresión completa en política exterior del objetivo interno de reducir gradualmente el poder del Estado. En otras palabras, el intervencionismo es lo opuesto al aislacionismo, y por supuesto puede escalar hasta la guerra, cuando el engrandecimiento del poder estatal cruza las fronteras nacionales hacia otros Estados, imponiéndose sobre otras personas, etc. Esto es el equivalente en política exterior de la agresión interna del Estado contra su propia población. Yo veo ambas cosas como unidas.”

Añadía, además, una crítica a supuestos defensores de la libertad que abandonaban toda coherencia teórica en cuanto se trataba de la guerra:

“Están muy, muy preocupados por cosas como el control de precios —con lo cual, por supuesto, estoy de acuerdo—. Están muy, muy preocupados por eliminar impuestos, licencias y regulaciones, cosas con las que también

estoy de acuerdo, pero de alguna manera, cuando se trata de política exterior hay un apagón. La postura libertaria contra el Estado, la hostilidad hacia la expansión de la intervención gubernamental, y todo lo demás se deja de lado: de repente escuchas a esas mismas personas que se preocupan por la intervención del gobierno en la industria del acero, aplaudiendo cada acto estadounidense de asesinato masivo en Vietnam, o los bombardeos, o el hostigamiento a pueblos en todo el mundo.”



Ambos comentarios son perfectamente aplicables a la situación actual de guerra de agresión injustificada de Estados Unidos contra Irán. Por una parte, tenemos una muestra más del imperialismo destructor característico de la política exterior de Estados Unidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y, por otra, tenemos numerosos sicofantes en América y Europa cantando las alabanzas de Trump y la necesidad de la guerra.

Todo ello resulta además especialmente irónico cuando en gran medida el éxito electoral de Trump se basó en la crítica a las intervenciones militares de los gobiernos

estadounidenses anteriores. Por ejemplo, en [esta entrevista con Tucker Carlson](#) Trump critica a Liz Cheney y a su padre, Dick Cheney, por su defensa de la intervención y la guerra en Oriente Medio, mientras que afirma que él no quiere ir a la guerra con nadie porque es peligroso, caro, solo sirve para matar gente y no ayuda al pueblo americano.

Que Trump se haya revelado como un hipócrita mentiroso que traiciona sus promesas electorales no debería ser sorprendente, porque después de todo esa es la esencia del oficio de político en una democracia. Pero un poco más sorprendente es la increíble incompetencia con la que el gobierno americano está manejando esta guerra.



La primera muestra significativa de incompetencia es a nivel diplomático. Trump

se ha asegurado de eliminar los últimos rastros de confianza internacional en la diplomacia americana al lanzar un ataque para asesinar a la élite política iraní durante el transcurso de negociaciones. Cuando Estados Unidos e Israel bombardearon Irán matando, entre otros, al ayatollah Ali Khamenei, estaban teniendo lugar negociaciones diplomáticas en Ginebra en las que, como mencionó uno de los mediadores, el ministro de asuntos exteriores de Omán, los iraníes estaban dispuestos a aceptar un acuerdo que eliminaría sus reservas de uranio altamente enriquecido, rebajaría el nivel de enriquecimiento del material existente dentro de Irán y permitiría una verificación completa por parte de la International Atomic Energy Agency (IAEA), con la posibilidad de que inspectores estadounidenses participaran junto a [ellos](#).

Trump se ha asegurado, de hecho, de que Irán emprenda el camino de desarrollar armamento nuclear. Y, con toda la razón, porque resulta obvio que los iraníes solo podrán evitar la amenaza de la continuación en el futuro de este tipo de ataques si cuentan con la disuasión de armas nucleares.

La incompetencia americana también ha quedado manifiesta a un nivel estratégico y táctico. La esperanza de Trump era la de lograr un cambio de régimen al decapitar el gobierno iraní, suponiendo que ello provocaría un levantamiento de la población del país contra su propio gobierno. Lo que sucedió fue exactamente lo opuesto. Una vez el objetivo no se logró (lo que desde un punto de vista estratégico significa que la guerra está perdida, puesto que el atacante es incapaz de alcanzar el objetivo con el que inició la agresión), la administración de Trump empezó un carnaval de declaraciones contradictorias y cambio de plazos y objetivos. Primero era un golpe rápido de decapitación que duraría días. Luego una operación que podría llevar dos semanas. Más

tarde, cuatro o cinco semanas. Ahora, dicen que el conflicto podría alargarse hasta septiembre. John Mearsheimer, experto en relaciones internacionales, [ha señalado](#) la nula posibilidad de que se produzca un cambio de régimen únicamente con una campaña de bombardeos.

El gobierno de Trump afirmó, después, que, a pesar de la ausencia de levantamiento popular, el cambio de régimen podría llevarse a cabo con la intervención de tropas kurdas desde Iraq. Hasta el momento, no hay ninguna indicación de que los kurdos hayan prestado atención a las declaraciones ridículas del gobierno americano. En realidad, [fuentes kurdas](#) se apresuraron a afirmar que no se había producido ningún movimiento por parte de sus tropas.

La confusión americana se demostró también en su sorpresa ante la reacción iraní: el ataque con drones y misiles balísticos de las bases americanas en los países árabes del Golfo Pérsico, los ataques a Israel y el cierre del estrecho de Ormuz. El ejército americano, además de con bombardeos a las instalaciones civiles y militares de Irán, respondió con la destrucción en su mayor parte de las fuerzas convencionales iraníes, su flota y su fuerza aérea. El problema es que el desarrollo de la tecnología militar en los últimos años hace perfectamente posible desarrollar una campaña asimétrica en la que no es necesario contar con fuerzas convencionales. Los drones y los misiles balísticos pueden actuar como sustituto de la flota y la aviación, especialmente para un país que está defendiendo su propio territorio y que ha venido preparándose para un conflicto de este tipo durante muchos años.

En los primeros días del conflicto los iraníes cegaron a los americanos e israelíes atacando el sistema de radares y defensa aérea instalado

por todas las bases americanas en los países árabes. Destruyeron el radar AN/FPS-32 situado en Qatar que constituye la base del sistema de defensa antiaérea THAAD (Terminal High Altitude Area Defense), destruyendo también radares THAAD en Arabia Saudí, Jordania y Emiratos Árabes Unidos. Este sistema constituye los ojos del llamado Iron Dome de Israel, que ahora está prácticamente ciego. Esto se manifiesta en que el tiempo de alerta de ataque aéreo en Israel o en los países del Golfo ha pasado de decenas de minutos a un par de minutos o incluso a que no haya alerta previa. Se puede encontrar un análisis revelador de los problemas americanos en [esta presentación](#) del profesor Steve Starr.

A esto se une la entrada de Hezbollah en el conflicto, que supuestamente estaba desarbolada después de la decapitación de su cúpula el año pasado. En realidad, la capacidad operativa de Hezbollah se ha mostrado capaz de poner en grandes dificultades al ejército israelí con numerosos bombardeos de cohetes y con la defensa del sur del Líbano frente a la invasión del IDF.

Los continuos bombardeos en la zona están provocando, además, el agotamiento del stock de misiles interceptores y misiles Patriot, lo que pondrá en todavía mayores dificultades a la defensa aérea americana e israelí, que no es especialmente efectiva pero sí es extraordinariamente cara, como [explica](#) el profesor del MIT y experto en Ciencia, Tecnología y Seguridad Internacional Ted Postol.

Con una tecnología mucho más barata y con arsenales repletos, los iraníes se han asegurado de cerrar el estrecho de Ormuz (en realidad, se han asegurado de que solo puedan cruzarlo los barcos a los que den permiso) por el que pasa el 20% del tráfico de petróleo y de gas natural y más del 30% del fertilizante

mundial. Irán tiene la iniciativa en esta guerra mientras pueda controlar el estrecho de Ormuz y pueda lanzar ataques en la zona de Oriente Medio. Su estrategia consiste en provocar un coste inaceptable a los americanos que les fuerce a aceptar condiciones que aseguren que ataques como el del 28 de febrero no vuelvan a repetirse. Estados Unidos ni siquiera puede fingir que ha ganado la guerra, retirarse e intentar enmascarar sus problemas con propaganda (que es lo que le gustaría a Trump). Mientras Irán controle Ormuz y tenga misiles y drones, es Irán el que decide cuánto durará la guerra.

Por supuesto, la propaganda americana intenta convencer al mundo de manera desesperada de que Irán se está quedando sin armamento. De hecho, según las declaraciones de Trump, Hegseth o Rubio, el ejército iraní está completamente aniquilado. Resulta sorprendente que el estrecho de Ormuz siga en sus manos y que los misiles y los drones iraníes sigan cayendo en la zona.

El último ejemplo de desesperación de Trump llegó en [este mensaje](#) en la red Truth Social, en la que, al mismo tiempo que afirma haber destruido al 100% la capacidad militar de Irán, suplica ayuda de países como China, Reino Unido o Corea del Sur para reabrir el estrecho de Ormuz.

Podríamos decir que Trump, de manera involuntaria y gracias a su deshonestidad, hipocresía e incompetencia, ha contribuido enormemente al final del Imperio Americano. La confianza de otros países en la diplomacia americana es nula. La imagen de potencia todopoderosa con un ejército imparable ha saltado en pedazos con la incapacidad americana de doblegar a una potencia media como Irán. Mientras, los errores americanos están siendo observados con atención por otras potencias como China, Rusia e India. Uno

podría agradecer a Trump el que haya asegurado el paso definitivo a un mundo multipolar en el que sea imposible la acción unilateral de una potencia militar agresora y destructiva como han sido los Estados Unidos en los últimos setenta años.





Los humanos son necesarios

por José Ramón Arévalo



La obsesión contemporánea por culpar al ser humano de todos los males ambientales es una simplificación cómoda que evita mirar de frente la realidad: **no es la presencia humana lo que destruye los ecosistemas, sino la mala gestión, la ignorancia y, sobre todo, las decisiones políticas tomadas desde despachos alejados del territorio.** La humanidad lleva milenios enfrentándose al dilema de cómo equilibrar población y recursos, y lo ha hecho de formas tan extremas como reveladoras; en ciertas sociedades antiguas, como la Neanderthal, Maori, Fijian y Congolese, el canibalismo emergió para controlar población y proveer sustento. Ese dato, tan incómodo para los discursos edulcorados, demuestra que la relación entre seres humanos y entorno nunca ha sido simple, pero también que la supervivencia siempre ha dependido de la capacidad de adaptación, no de la renuncia a existir. Hoy, sin embargo, **se pretende imponer la idea de que la única manera de salvar el planeta es reducir la actividad humana, como si la naturaleza fuese un museo frágil que solo puede preservarse cerrando las puertas y expulsando a los visitantes.**

Esa visión es falsa. La naturaleza europea, por ejemplo, no es un paraíso prístino arrasado por la modernidad, sino un mosaico construido

durante siglos por agricultores, pastores y comunidades rurales que moldearon el paisaje con su trabajo. Cuando esas actividades desaparecen, el territorio no se regenera: se degrada. **El abandono agrícola, celebrado por algunos como una oportunidad para que “la naturaleza vuelva”, es en realidad una sentencia de erosión, incendios y pérdida de diversidad.** Miles de hectáreas quedan a merced de la maleza, la desertificación y la acumulación de biomasa inflamable. La ausencia humana no trae equilibrio, trae caos. **Y mientras tanto, las políticas europeas empujan a los agricultores a abandonar sus tierras con regulaciones asfixiantes y compensaciones que suenan generosas, pero destruyen la producción local. El resultado es una dependencia creciente del exterior, precios disparados en productos básicos como el aceite de oliva y un paisaje cada vez más vulnerable.**



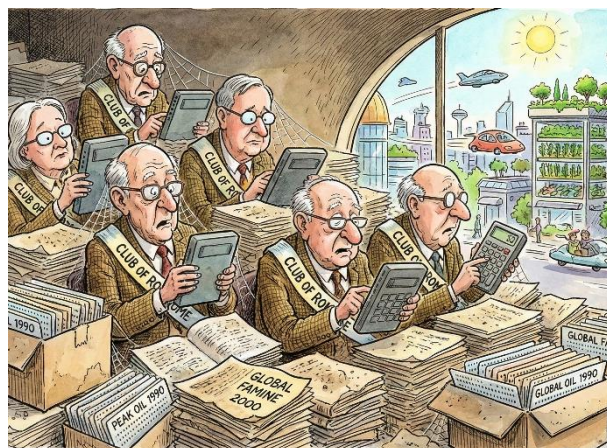
El caso de los incendios forestales es aún más revelador. Durante décadas se ha vendido la idea de que el fuego es un enemigo absoluto, cuando en realidad es un componente natural de muchos ecosistemas. La política de supresión total ha creado un polvorín: bosques

densos, homogéneos, sin pastoreo, sin limpieza, sin mosaicos agrícolas que actúen como cortafuegos. Con las prácticas actuales de supresión, todos los incendios se evitan durante largos periodos y entonces un solo evento puede quemar más de mil hectáreas. La paradoja es evidente: **cuanto más se intenta eliminar el fuego, más destructivo se vuelve.** Y aun así, se sigue culpando al cambio tuviera nada que ver. **La desaparición de las actividades rurales tradicionales ha sido un golpe mucho más duro para los bosques que cualquier variación climática reciente, pero reconocerlo implicaría admitir que expulsar a las personas del territorio fue un error monumental.**

La expropiación de tierras para fines ambientales es otro síntoma de esta mentalidad paternalista y profundamente equivocada. Se presenta como una medida noble, pero en realidad es una violación de derechos que genera abandono, resentimiento y desconfianza. **La conservación impuesta desde arriba fracasa porque trata a los propietarios como obstáculos, no como aliados. Los incentivos, la cooperación y la valorización de la biodiversidad como un activo funcionan infinitamente mejor que la coerción, pero requieren algo que muchos gobiernos no están dispuestos a aceptar: renunciar al control absoluto.** La ecología de mercado, tan demonizada por quienes nunca han gestionado un metro cuadrado de tierra, ofrece soluciones reales porque entiende que la conservación solo funciona cuando quienes viven en el territorio tienen motivos para protegerlo.

Todo esto se agrava por una **narrativa catastrofista que confunde ciencia con activismo** y que ha convertido el debate ambiental en un campo de batalla ideológico. **Se repite hasta la saciedad que el planeta está al borde del colapso, que la humanidad es una**

plaga y que la única salida es reducir drásticamente el consumo, la movilidad, la energía y, si hace falta, la población. Pero los datos cuentan otra historia: desde la Revolución Industrial, la humanidad ha logrado avances sin precedentes en salud, esperanza de vida, reducción de la pobreza y calidad ambiental. La tecnología no ha sido un enemigo, sino una herramienta de liberación. **El verdadero peligro no es el crecimiento humano, sino las decisiones políticas tomadas sin evaluar sus consecuencias.** España es un ejemplo claro: una apuesta desordenada por ciertas energías renovables ha generado costes desorbitados, destrucción de empleo y beneficios ambientales insignificantes. Y, aun así, se insiste en repetir la receta.



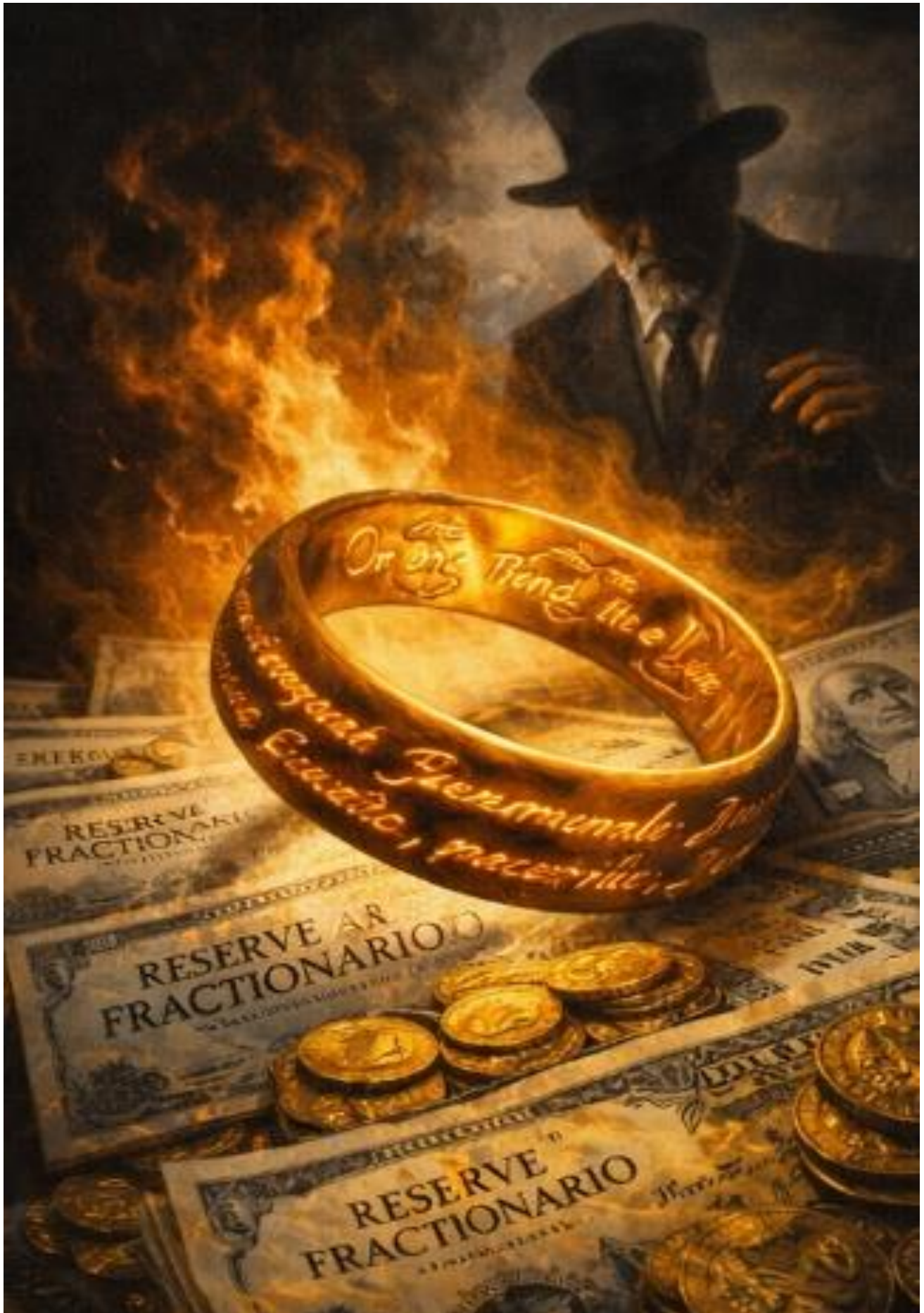
El debate energético global muestra la misma desconexión entre idealismo y realidad. En la COP28, cuando se afirmó que abandonar los combustibles fósiles de forma abrupta implicaría volver a condiciones de vida primitivas, se desató un escándalo mediático, pero la afirmación era simplemente cierta. **Hoy, la mayor parte de la electricidad mundial proviene de combustibles fósiles, y las renovables representan una fracción mínima. Pretender que el mundo puede funcionar sin energía fiable es una fantasía peligrosa que condenaría a millones de personas a la**

pobreza. Lo verdaderamente inmoral no es usar combustibles fósiles, sino desviar miles de billones hacia políticas climáticas ineficaces mientras millones de personas carecen de agua potable, saneamiento, atención médica básica o alimentos suficientes.

La conclusión es contundente: la humanidad no es el problema, es la solución. La conservación no se logra expulsando a las personas del territorio, sino integrándolas en él. La tecnología, el crecimiento económico y la gestión inteligente permiten mejorar simultáneamente la calidad de vida y el estado del medio ambiente. Demonizar a la humanidad es una estrategia cómoda para quienes prefieren discursos apocalípticos a soluciones reales. Reconocer la capacidad creativa, adaptativa y transformadora del ser humano es el primer paso para construir un futuro sostenible de verdad, no uno basado en renunciaciones, prohibiciones y culpabilidad, sino en conocimiento, innovación y responsabilidad compartida.

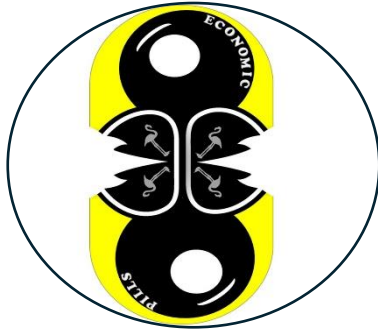
[Este escrito es un resumen del artículo:

Arévalo, J.R. 2025. Human presence is a necessary part of the solution for environmental conservation and land use. *Economic Affairs* 45: 132-139.]



El anillo que nadie quiere destruir: reserva fraccionaria, ciclos y la pérdida silenciosa del ahorro

por Enrique Galán (@EconomicPills)



En El Señor de los Anillos aparece un objeto diminuto que concentra un poder descomunal, el anillo. Quien lo encuentra está convencido de que sabrá usarlo con prudencia y que no caerá en la tentación que atrapó a otros. Sin embargo, la historia demuestra que el problema no es la intención del portador, sino la naturaleza misma del poder que concentra. La pregunta que plantea esa metáfora, trasladada al terreno económico, es inquietante: ¿existe en nuestro mundo un “anillo” semejante? Desde la perspectiva de la economía austriaca, la respuesta está clara. Ese anillo es el sistema de reserva fraccionaria, es decir, la capacidad del sistema bancario para crear dinero a partir de depósitos que sus clientes consideran plenamente disponibles.

Para comprender la magnitud del problema es necesario retroceder al origen del dinero. El dinero no fue una creación deliberada del Estado ni el resultado de un diseño intelectual planificado. Surgió de manera espontánea como una institución evolutiva, fruto de miles de años de intercambios. En sociedades antiguas se utilizaron bienes diversos como medio de cambio: sal, ganado, cacao o trigo. Poco a poco, mediante un proceso de selección

social, los metales preciosos se impusieron por sus cualidades superiores. El oro, en particular, destacaba por ser divisible, duradero, transportable y difícil de falsificar. Pero su rasgo decisivo era otro, su capacidad de conservar valor a lo largo del tiempo.



Esa capacidad de ser atesorado no era un capricho ni una práctica de tiempos pasados, sino que era el fundamento básico de la planificación individual. En un entorno monetario estable, cualquier persona podía trasladar su esfuerzo presente hacia el futuro simplemente ahorrando metal. Si alguien sabía que necesitaba una determinada cantidad diaria para vivir, bastaba con reservar esa cantidad durante los años de trabajo activo para garantizar su seguridad futura. El ahorro actuaba como un escudo. No obligaba a invertir ni a asumir riesgos, ofrecía la opción de hacerlo, pero no la imponía. Esa posibilidad de resguardar el fruto del trabajo era una forma básica de libertad económica, el suelo sobre el que construir un futuro de prosperidad. El libre mercado protege también al individuo menos capaz, por eso, este tipo de ahorro ofrecía una

defensa a quienes prefieren vivir sin grandes complicaciones.

La transformación comenzó cuando los bancos dejaron de ser meros custodios de depósitos (necesarios para la salvaguarda delpreciado metal) para convertirse en intermediarios capaces de expandir el crédito sobre la base de las reservas fraccionarias. El mecanismo es sencillo en apariencia. Cuando un cliente deposita cien euros en su cuenta corriente, cree que ese dinero está íntegramente disponible. Sin embargo, el banco conserva solo una fracción y presta el resto. El prestatario gasta ese dinero, que a su vez se convierte en nuevo depósito en otra entidad, generando una expansión adicional del crédito.



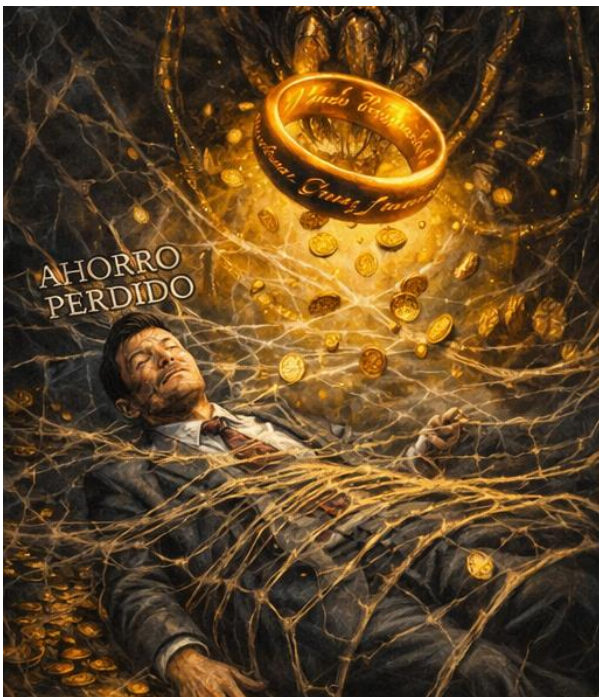
Desde el punto de vista jurídico, la escuela austriaca ha señalado que este sistema implica una contradicción esencial. Dos personas (el

depositante original y el prestatario) creen disponer simultáneamente de la misma suma. Se produce lo que algunos autores califican como “doble disponibilidad”. Mientras la confianza se mantiene, el sistema funciona sin tensiones aparentes. Pero esa expansión crediticia no se basa en un aumento previo del ahorro real, sino en la creación de medios fiduciarios (depósitos bancarios y billetes sin respaldo íntegro en metal). El dinero adicional no representa un sacrificio previo de consumo, sino una decisión contable.

Las consecuencias económicas de este proceso fueron analizadas con profundidad por Ludwig von Mises y Friedrich Hayek en su teoría del ciclo económico. Cuando el crédito se expande artificialmente, los tipos de interés se reducen por debajo de su nivel natural. Esa señal distorsionada induce a empresarios e inversores a emprender proyectos más largos e intensivos en capital. Se desvían recursos reales (trabajo, materias primas, tiempo) hacia sectores que parecen rentables bajo condiciones monetarias artificiales. Se inicia así la fase de auge, caracterizada por optimismo, incremento del empleo y aparente prosperidad.

Sin embargo, esa expansión no puede sostenerse indefinidamente. Los recursos reales son escasos y la preferencia temporal de la sociedad no ha cambiado de forma genuina. Cuando el crédito deja de crecer al mismo ritmo o los tipos de interés se ajustan, se revela que muchos proyectos iniciados no eran viables. Aparece entonces la fase de recesión, que no es otra cosa que el proceso de corrección de los errores acumulados durante el auge. Las crisis no serían, desde esta perspectiva, fallos inherentes al mercado, sino consecuencias de la manipulación monetaria previa.

A este entramado se añade la figura del banco central, concebido como prestamista de última instancia. Su función declarada es estabilizar el sistema y evitar pánicos bancarios. Para ello dispone de la facultad de crear dinero de la nada. Esta capacidad introduce un elemento decisivo, la inflación estructural. Cuando la cantidad de dinero crece de manera persistente por encima de la producción real de bienes y servicios, el poder adquisitivo de la moneda tiende a disminuir. El efecto no siempre es uniforme ni inmediato, pero termina erosionando el ahorro acumulado.



La inflación altera los incentivos sociales de forma profunda. En un entorno donde el dinero pierde valor de manera constante, conservar liquidez se convierte en una estrategia perdedora. Las familias se ven empujadas a invertir, aun cuando no comprendan plenamente los riesgos. El ahorrador prudente, que en otro contexto podría limitarse a preservar su metal, se transforma en un participante forzado en mercados financieros complejos. La

planificación a largo plazo deja de depender exclusivamente del esfuerzo personal y pasa a estar condicionada por decisiones de política monetaria tomadas por comités especializados. El mercado ya no puede proteger al individuo, pues una institución evolutiva creada por millones de personas a lo largo de miles de años ha sido expropiada. Expropiada por una organización de hombres concretos en un determinado momento de la historia.

Existe además un efecto menos visible pero igualmente relevante. En un sistema monetario sano, las mejoras de productividad tienden a traducirse en reducciones de precios que benefician a los consumidores. Si producir un bien cuesta la mitad gracias a una innovación tecnológica, el precio debería reflejar ese abaratamiento. Sin embargo, cuando la oferta monetaria se expande de forma continuada, esas reducciones quedan neutralizadas por la inflación general. El ciudadano rara vez percibe íntegramente los frutos del progreso productivo, pues la expansión de la masa monetaria absorbe parte de ese beneficio. Y es que cuando la inflación es baja porque esta contrarrestada por esas mejoras de productividad, esa emisión puede pasar “bajo el radar”, enmascarada. Así, beneficios que deberían llegar al individuo terminan redirigiéndose a los intereses de grupos concretos sin que el individuo vea subir los precios. De hecho, esta situación propicia burbujas, pues el dinero recién creado no se dirige a los bienes que se abaratan gracias a la tecnología, sino a activos en los que es más fácil inflar artificialmente su precio (acciones, viviendas, etc.) para su posterior venta con un beneficio económico.

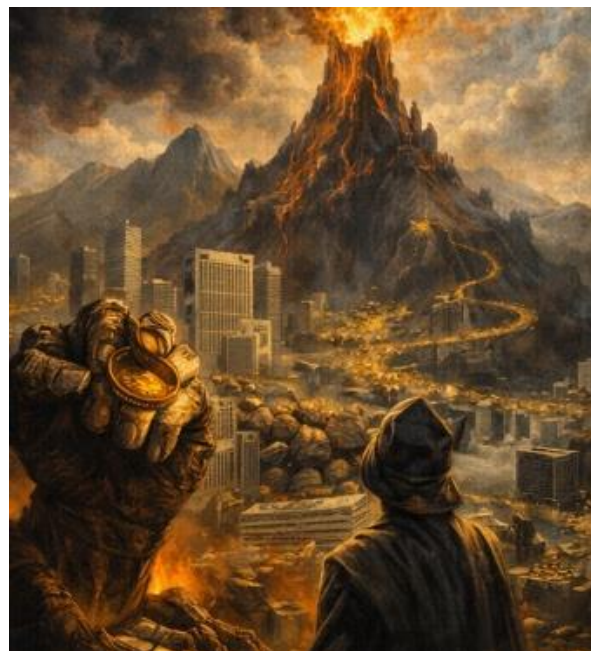
La metáfora de la valla de Chesterton resulta ilustrativa en este punto. Antes de manosear una institución que ha surgido espontáneamente, conviene comprender la

función que cumplía. El patrón oro imponía un límite físico a la expansión monetaria. Muchos autores, incluso dentro de la escuela austriaca de economía, han señalado estos límites como dañinos, pero si el oro fue elegido a pesar de ese límite, entonces quizás no era un límite sino una característica fundamental. No poder crear oro de la nada mediante una decisión administrativa es un pilar fundamental del dinero evolutivo. Al suprimir esa restricción, se sustituyó una regla simple por un entramado de regulaciones, organismos y discrecionalidad técnica. La estabilidad dejó de depender de un límite objetivo y pasó a descansar en la prudencia de autoridades centrales.

En el debate contemporáneo aparecen ejemplos como el de Argentina, donde se han planteado reformas orientadas a reducir la intervención estatal y restablecer ciertos principios de mercado. Desde la óptica austriaca, la cuestión decisiva no es solo el tamaño del gasto público o el equilibrio presupuestario, sino la arquitectura monetaria subyacente. Mientras subsista la capacidad de crear dinero sin respaldo real y de financiar déficits mediante expansión monetaria, el incentivo estructural permanece intacto. El “anillo” sigue existiendo, incluso si cambia de manos.

La propuesta que emerge de la tradición austriaca no se limita a una regulación más estricta, sino a una separación clara entre depósito y préstamo. Un coeficiente de caja del cien por cien para los depósitos a la vista implicaría que el dinero confiado para custodia permanezca íntegramente disponible. Los préstamos deberían financiarse exclusivamente con ahorro voluntario a plazo, asumido conscientemente como inversión con riesgo. De este modo se eliminaría la doble disponibilidad y se restablecería la coherencia jurídica y económica del sistema.

El núcleo del debate no es moral, sino institucional. No se trata de afirmar que los banqueros centrales actúan de mala fe, sino de preguntarse si la concentración del poder de crear dinero es compatible con una sociedad basada en la responsabilidad individual y la coordinación descentralizada. El anillo de la ficción no corrompía por la maldad intrínseca de sus portadores, sino por la magnitud del poder que concentraba. Del mismo modo, la cuestión monetaria no gira en torno a quién debería administrar ese poder, sino a si conviene que exista en tales términos.



Comprender el funcionamiento de la reserva fraccionaria y sus implicaciones permite replantear certezas que a menudo se dan por supuestas. El dinero no es un mero instrumento técnico sino que es la institución que articula el cálculo económico y la cooperación social. Si su estructura genera incentivos distorsionados y ciclos recurrentes, el debate sobre su reforma trasciende lo académico y se convierte en una cuestión de orden social. Como en la metáfora literaria, la decisión fundamental no es elegir al portador más virtuoso, sino preguntarse si una sociedad

libre debería permitir que el anillo siga forjando su destino. Argentina puede dar pasos en la buena dirección, pero, mientras conserve el anillo, los ciclos volverán y, de la mano de estos, la intervención.



Tecnología, entropía de la información y descentralización

por Alfonso Selas



La humanidad se encuentra ante un momento histórico sin precedentes. La revolución tecnológica ha transformado radicalmente la forma en que se genera, se distribuye y se consume la información. Nunca antes en la historia había sido tan fácil que una idea, un descubrimiento o una interpretación del mundo se difundiera de manera casi instantánea a escala global.

Durante siglos, el principal problema de las sociedades humanas fue la escasez de información. El conocimiento circulaba lentamente y la mayor parte de la población dependía de instituciones centralizadas — gobiernos, iglesias o grandes medios de comunicación— para interpretar la realidad. Esta escasez informativa limitaba enormemente la capacidad crítica de las sociedades y facilitaba la consolidación de narrativas oficiales prácticamente incuestionables.

Hoy el escenario es radicalmente distinto. Nos enfrentamos a una situación de abundancia extrema de información. La información se produce a una velocidad sin precedentes y circula por redes globales que ningún poder central puede controlar

completamente. El problema ya no es la falta de información, sino el exceso.

Para muchas personas, este nuevo entorno resulta desconcertante. La multiplicidad de fuentes informativas genera una sensación de saturación y confusión. En el pasado, cuando la información provenía de un número reducido de instituciones, resultaba más fácil construir una visión compartida de la realidad. Hoy, en cambio, cada individuo puede acceder a fuentes completamente distintas, lo que provoca que personas que viven en la misma sociedad tengan interpretaciones radicalmente diferentes sobre los mismos acontecimientos.

Sin embargo, este estado de aparente caos informativo puede interpretarse desde otra perspectiva: la entropía de la información.

En términos generales, la entropía describe el aumento del desorden en un sistema. Aplicada al ámbito informativo, la entropía refleja el crecimiento exponencial de la cantidad de información disponible y la progresiva pérdida de control de las estructuras centralizadas sobre el flujo informativo. De forma espontánea y evolutiva el conocimiento se va depurando y simplificando a velocidad de vértigo.

A primera vista, este aumento de entropía parece generar más confusión. Pero en realidad también abre la puerta a un proceso de aprendizaje colectivo. Cuando la información está centralizada, la sociedad puede alcanzar fácilmente un consenso artificial basado en una narrativa dominante. Cuando la información se descentraliza, el consenso se vuelve más difícil, pero también aumenta la posibilidad de cuestionar las narrativas establecidas.

Paradójicamente, una sociedad en la que todo el mundo duda y debate se encuentra, de

hecho, en un nivel de conocimiento superior al de una sociedad en la que todos parecen estar de acuerdo.

La historia demuestra que los momentos de consenso absoluto suelen coincidir con periodos de fuerte control informativo. Cuando la información está monopolizada, las sociedades pueden ser movilizadas con relativa facilidad hacia proyectos políticos extremadamente destructivos: guerras, persecuciones ideológicas o políticas económicas profundamente perjudiciales. En esos contextos, la mayoría de la población no cuestiona las decisiones del poder porque simplemente no dispone de información alternativa.



La abundancia informativa actual dificulta enormemente ese tipo de control. La narrativa oficial ya no puede mantenerse sin oposición.

Siempre existen voces críticas, análisis alternativos o datos contradictorios que circulan libremente por la red.

Esto no significa que el nuevo entorno informativo sea perfecto. La sobreabundancia de información obliga a los individuos a desarrollar nuevas habilidades: filtrar fuentes, evaluar credibilidad, contrastar datos y construir criterios propios de interpretación. Este proceso puede resultar caótico en sus primeras fases, pero a largo plazo fortalece la autonomía intelectual de las sociedades.

La entropía de la información no solo se relaciona con la cantidad de información disponible, sino también con el paso del tiempo. A medida que las sociedades se adaptan al nuevo entorno informativo, desarrollan mejores mecanismos para procesar y seleccionar la información relevante. Con el tiempo, los individuos se vuelven más sofisticados en su relación con los medios y las fuentes informativas.

Desde esta perspectiva, uno de los mayores desafíos para las estructuras de poder tradicionales es la libertad de expresión. Los Estados han dependido históricamente de cierto grado de control informativo para mantener la cohesión social y la legitimidad política. En un mundo donde la información circula libremente, ese control resulta cada vez más difícil.

Por ello, no es extraño observar intentos crecientes de regular o limitar determinados canales de comunicación. La batalla por el control de la información se ha convertido en uno de los principales conflictos políticos de nuestro tiempo. Así hemos visto a todos estos sinvergüenzas tipo Trudeau o Jacinda Arden hacer un verdadero contorsionismo verbal para defender la libertad de expresión legalizando la censura.

Si los Estados logran recuperar un control significativo sobre el flujo informativo, podríamos entrar en una etapa distópica orwelliana caracterizada por sistemas de vigilancia y censura mucho más sofisticados que los del pasado. Una distopía tecnológica en la que el poder utilice las mismas herramientas digitales para reforzar su control sobre la sociedad.

Pero si ese control no llega a consolidarse, el resultado podría ser justamente el contrario: una progresiva descentralización del poder político, económico y social.

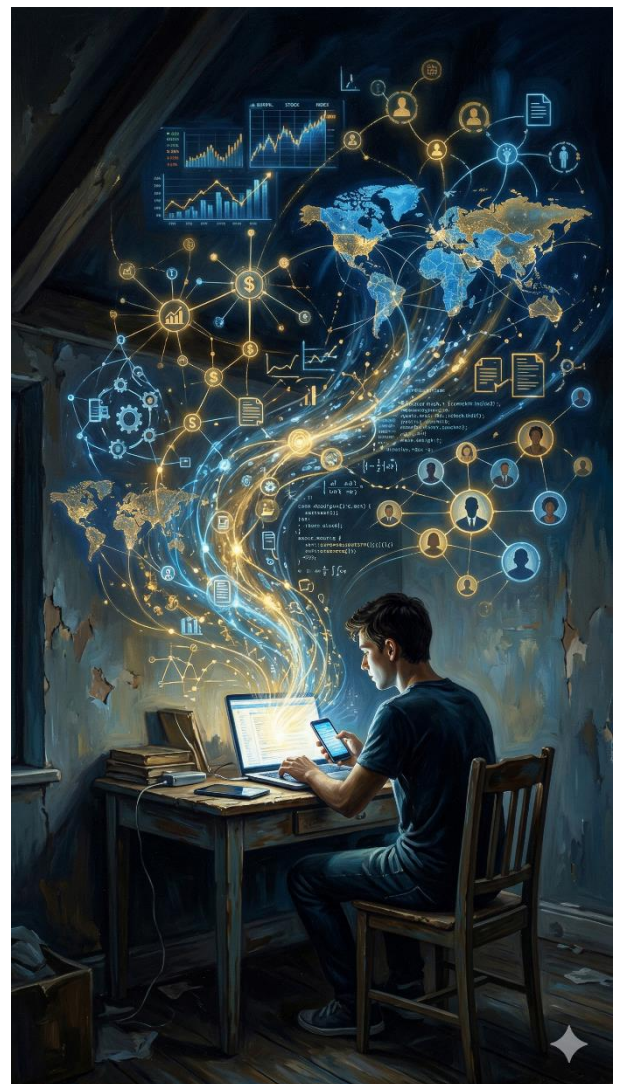
La tecnología ya está favoreciendo este proceso en múltiples ámbitos. Un simple teléfono móvil o un ordenador portátil permiten hoy acceder a servicios financieros, mercados laborales y redes de conocimiento globales sin necesidad de desplazarse físicamente. Esta capacidad tecnológica otorga a los individuos un grado de autonomía que era impensable hace apenas unas décadas.

Uno de los efectos más visibles de este fenómeno es la creciente descentralización geográfica. Si el trabajo, la inversión o la creación de valor pueden realizarse desde prácticamente cualquier lugar, la necesidad de concentrarse en grandes centros urbanos disminuye. La tecnología permite vivir en lugares más baratos, tranquilos y seguros sin renunciar al acceso a oportunidades globales.

Este cambio altera profundamente la relación entre Estado y mercado.

El mercado funciona como un sistema descentralizado basado en decisiones individuales, intercambios voluntarios y derechos de propiedad. El Estado, en cambio, tiende a introducir mecanismos de regulación, centralización y control sobre esos procesos. El Estado es el agresor principal de esos derechos de propiedad.

Históricamente, los periodos de mayor intervención estatal han coincidido con una mayor concentración de población y actividad económica en determinados centros de poder. Por el contrario, los periodos de mayor libertad económica han favorecido la dispersión geográfica, la innovación y la búsqueda de nuevas oportunidades en territorios menos saturados. El mercado busca de forma espontánea las nuevas oportunidades de negocio en los sitios más ventajosos económicamente.



La tecnología está intensificando esta tensión entre centralización y descentralización como nunca antes en la historia.

La inteligencia artificial representa la fase más reciente de esta transformación. Al multiplicar la capacidad humana para generar, procesar y difundir información, la inteligencia artificial acelera aún más el proceso de entropía informativa. Cada avance tecnológico reduce la capacidad de los sistemas centralizados para controlar completamente el flujo de conocimiento.

Nos encontramos, por tanto, en una especie de equilibrio inestable entre dos fuerzas opuestas: la tendencia del poder político a centralizar y controlar, y la tendencia de la tecnología a descentralizar y empoderar a los individuos. Esto tiene un impacto en lo construido. Si la descentralización tecnológica se impone dejaremos de hablar de la España vaciada y de los disparatados precios del inmobiliario en Madrid y Barcelona.

El otro día escuche a un inversor en bolsa de Madrid decir que le recomendó a su hijo que se comprara una casa en Cuenca y no en Madrid. Esto para cualquiera que entienda de economía debería de ser algo completamente lógico. Si tu objetivo es proveer de una buena calidad de vida a tu familia y hacer una buena inversión a largo plazo debes ir tan lejos de los sitios caros como la tecnología te lo permita para realizar tu trabajo y comprar donde y cuando nadie compra, donde esta barato. Buy the dip.

El resultado final de esta tensión sigue siendo incierto. Pero una cosa parece clara: la tecnología está redefiniendo profundamente las reglas del juego.

Y la gran pregunta de nuestro tiempo sigue abierta:

¿Prevalecerá la centralización del poder o la descentralización impulsada por la tecnología?

¿Nos encaminamos a un gobierno mundial o pronto viviremos en ancapia?



El viaje del converso: Del puño en alto a la mano invisible

por Chema Loter

I. La línea de salida: ¿Para quién escribo esto?

Cuando surgió la posibilidad de escribir en un medio dedicado a las ideas de libertad, al anarcocapitalismo y a todos esos sustantivos que hoy agrupamos bajo la gran familia del pensamiento liberal, mi primer impulso fue técnico. Pensé en dedicar mi entrada inaugural al modelo de reparto de las pensiones en España, ese sistema que requiere más parches que el Titanic para "seguir tirando". Pero me detuve. No era el momento de las gráficas, sino de las confesiones. Ya habría tiempo después para "meternos en harina".

La primera pregunta que debo responder con sinceridad es: **¿A quién va dirigido lo que escribo?** Si no defino el rumbo, el texto naufragará en el océano de la indiferencia. Escribo para quien piensa distinto a mí. Escribo para quien no es un liberal convencido, para quien aún no ha iniciado "el viaje". Ese periplo que yo comencé hace ya muchos años y que, con el primer paso, me adentró de lleno en el mundo de las ideas de la libertad.

Pongámonos en contexto. ¿Cómo es posible que hoy, en pleno 2026, alguien que votó con ilusión al primer Podemos —el de un Pablo Iglesias que hipnotizaba en *La Sexta Noche*— esté ahora convencido de la superioridad moral y práctica del liberalismo? Vayamos al principio, al barro de la realidad.

II. El espejismo de la superioridad moral

Recuerdo el 2011. El 15-M. Yo tenía 24 años y, como tantos jóvenes de mi generación, vi en aquellos politólogos que aparecieron de

repente un soplo de aire fresco. O eso creímos ver. Siempre me consideré una persona de izquierdas. Creía en la redistribución de la riqueza como un dogma de fe, en el Estado benefactor que se encarga de que nadie se quede atrás, y en esos políticos valientes que "plantan cara" a los capitalistas sin escrúpulos.

Yo partía de ese punto. Confieso que tuve mi camiseta del Ché Guevara. Echo la vista atrás y me veo en el ViñaRock, ese festival donde el 100% de los grupos se autodenominan anticapitalistas mientras cobran cachés financiados por marcas globales. Me maravillaba escuchando a mis referentes de entonces, convencido de que sus ideas eran las que sacarían a la gente de la pobreza. Pensaba, de corazón, que de las fuentes brotaría leche endulzada con miel si tan solo el Estado controlaba "lo estratégico". ¡Qué bien le hace sentir a uno estar "a favor de lo bueno y en contra de lo malo"!

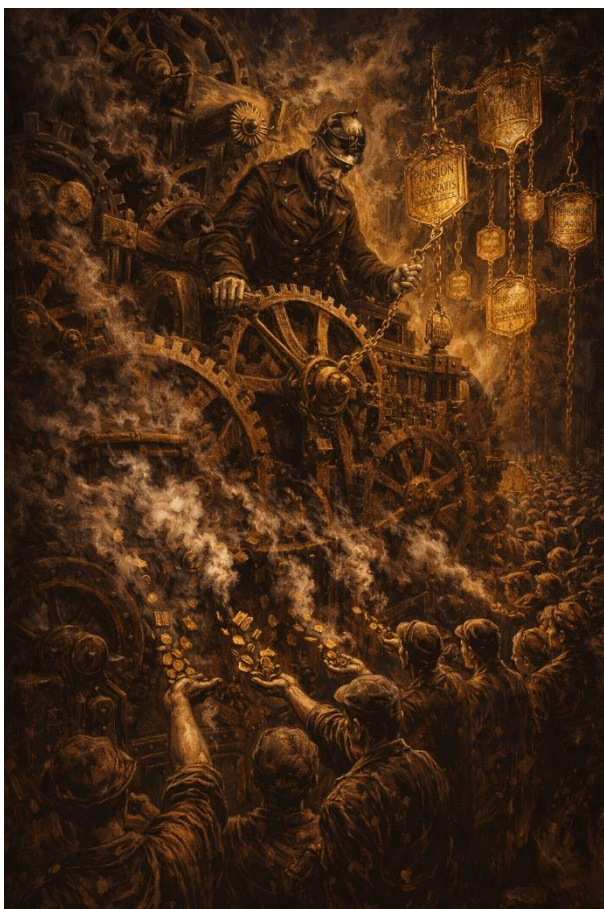
Caí en todos los cantos de sirena: impuestos a los ricos, nacionalización de la energía, control de las carreteras y de los trenes. ¿Cómo dejar la sanidad o la educación en manos de empresarios cuyo único fin es el lucro desmedido? Me engatusó la idea del "fantasma que recorre Europa". Ataviado con mi palestina al cuello, paseaba en invierno con mis camaradas solucionando los problemas del mundo... de boquilla, claro. Nunca milité activamente; siempre fui un lobo solitario, pero mi marco mental era puro "mainstream" pro-Estado.

De verdad. Paremos un momento a reflexionar. ¡Cómo te hace sentir ponerte a hablar en un bar mientras te bebes una jarra, te fumas una cachimba, y teorizas sobre la emancipación obrera!

III. El primer cortocircuito: La estafa de Bismarck

La primera gran grieta en mi muro mental apareció cuando entendí qué eran realmente las pensiones públicas. Nos han vendido que son una "conquista obrera", un derecho inalienable arrancado al capital. Pero la historia es mucho más cínica. Más real. Menos idealista y romántica (como casi todo en esta vida).

El sistema de reparto que hoy defendemos a capa y espada no nació de un sindicato, sino de la mente de **Otto von Bismarck**. El "Canciller de Hierro" prusiano no era precisamente un alma caritativa. Ideó este sistema a finales del siglo XIX con un objetivo puramente maquiavélico: desactivar el auge de las ideas socialistas y ligar la lealtad del trabajador al Estado. Fue el soborno perfecto. "Dame tu dinero ahora y, si tienes la suerte de no morir antes de los 65 (cuando la esperanza de vida apenas llegaba a los 45), te daré una paga".



Hoy, en España, ese modelo bismarckiano es un cadáver que mantenemos caliente a base de deuda. Es un **Esquema Ponzi** legalizado. Se basa en que los que entran hoy paguen a los que salen, bajo la promesa de que mañana habrá nuevos incautos para pagarles a ellos. En 2026, con una pirámide poblacional invertida, defender el sistema de reparto no es ser solidario; es ser cómplice de una estafa piramidal que dejará a las futuras generaciones en la miseria absoluta (pero no pasa nada, en el futuro "todos estaremos muertos"). Fue doloroso entenderlo: el Estado no me estaba protegiendo, me estaba obligando a participar en un timo del que no podía salir. Corrijo. Más que doloroso, fue catártico.

IV. La "Crisis NINJA" y el YouTube de fondo

Mientras yo seguía trabajando en lo mío, el algoritmo de YouTube empezó a servirme contenido que no encajaba con mis esquemas. Por aquel entonces apareció Leopoldo Abadía con su "Crisis NINJA". Me fascinó su explicación de la burbuja de 2008, pero aún me faltaba la pieza clave: los **Bancos Centrales**. ¡Ay de mí si hubiera entendido entonces que la inflación y las burbujas no son fallos del mercado, sino fallos de la planificación central del dinero!

Pero como dije antes, llegó 2011 y voté a Podemos, convencido de que "¡Sí se puede!". Sin embargo, en mis ratos libres, escuchaba debates en segundo plano. Así conocí a Fernando Díaz Villanueva, a Jano García... y sí, también a Eduardo Garzón. Fue escuchando a Eduardo Garzón contra **Juan Ramón Rallo** en la COPE (en "En casa de Herrero") como mis sinapsis empezaron a reconfigurarse.

El liberalismo dejó de ser ese "neoliberalismo" caricaturizado de los panfletos. Empecé a devorar libros. Cuando leí *Economía en una lección*, de Henry Hazlitt, las paredes de mi fortaleza mental se

derrumbaron. Entendí que el Estado no crea riqueza, solo la desplaza de un lugar a otro, cobrando una comisión carísima en el proceso y destruyendo incentivos por el camino. Entendí que los problemas comienzan casi siempre cuando un político decide tomar “buenas decisiones”, cuando llevamos a cabo actos positivos en apariencia, sin mirar en profundidad las consecuencias a largo plazo.

V. El Santo Grial: Miguel Anxo Bastos



Y entonces ocurrió. Una recomendación de YouTube me trajo a **Don Miguel Anxo Bastos**. Yo solía escuchar los vídeos sin mirar la pantalla, pero con él tuve que encenderla. Su velocidad, su capacidad de síntesis, su erudición... era imposible seguirlo haciendo otra cosa. Debía poner mis cinco sentidos.

Bastos me enseñó que el Estado no es un árbitro imparcial, sino una institución de dominación. Me explicó que la sanidad "gratuita" es un mito peligroso (alguien me dijo una vez que “si alguien te da algo gratis, el producto eres tú”). En España, presumimos de sistema sanitario mientras las listas de espera baten récords y el servicio se degrada. ¿Por qué? Porque cuando el precio de un servicio es cero para el consumidor, la demanda es infinita y la oferta se raciona políticamente. El "gratis" estatal es el lujo de los que pueden esperar y la condena de los que no tienen alternativa. Y los que pueden permitírselo, pagan 2 veces, la pública y la privada.

A través de Bastos, llegué a **Huerta de Soto** y al gran **Antonio Escohotado**. Entender la diferencia entre comercio y coacción fue el golpe de gracia. Me di cuenta de que mi antigua ideología se basaba en el miedo: miedo a la libertad, miedo a que el vecino prospere más que yo, miedo a la responsabilidad individual.

En definitiva, miedo a ejercer la libertad individual y a que, si el estado no está ahí, ¿cómo van a salir adelante los más desfavorecidos?

Pensemos en esto. ¿Cómo ha demostrado la realidad que se termina con la pobreza y la miseria? Dejando que el ser humano desarrolle su máximo potencial, desarrolle su creatividad, y vea necesidades insatisfechas allí donde otros no ven nada. Eso es lo que genera la prosperidad. Y precisamente poner los mimbres de una sociedad que favorezca la generación de prosperidad es la mejor receta para acabar con la miseria. Pero, todo llegará a su tiempo, mis queridos lectores.

VI. El camino hacia adelante

Doy gracias por venir de la izquierda. Haber creído en esas medidas me permite entender mejor por qué fallan. Entiendo la seducción del mensaje: "nosotros cuidaremos de ti". Pero ahora sé que ese cuidado tiene un precio: tu autonomía, tu ahorro y tu futuro.

No nos engañemos. Los que dicen que cuidarán de ti lo hacen meramente para que les entregues tus recursos, para que dependas de ellos, para que te creas que los necesitas irremediablemente. Son como la mafia que, primero te destroza el bar, y luego viene a ofrecerte protección.

Este viaje, este "camino al monte del destino", me ha obligado a soltar la pesada carga de las ideas preconcebidas. He tenido que reconocer que mi camiseta del Ché no era un símbolo de libertad, sino de opresión. He tenido que aceptar que el "bien común" suele ser el refugio de los que quieren vivir del esfuerzo ajeno.

Quiero ir cerrando esta exposición, pero esto es solo el principio. Hemos de ser sinceros con nosotros mismos para saber de dónde venimos y quiénes queremos ser. Responder a estas preguntas es una tarea más profunda que cualquier debate económico, pero como veremos en los próximos artículos, todo está relacionado. La libertad no es solo una teoría económica; es la única forma digna de vivir.

Si has llegado hasta aquí y todavía sientes ese "picor" de contradicción que yo sentía en 2011, te invito a que sigas leyendo. No te pido que me creas. Te pido que dudes de mí. Te pido que dudes de los que te prometen el paraíso a cambio de tu libertad. Porque, al final del día, el único que de verdad se va a preocupar por ti, eres tú mismo.



El secuestro de la Escuela de Salamanca

por Pablo A. Martín-Grande



Esta es una historia real. Es la crónica de un intento de secuestro, aunque me temo que carece del glamur de las superproducciones de Hollywood. Aquí no hay selvas tropicales, ni negociadores de élite, ni helicópteros de rescate. A diferencia de *Proof of Life* (Prueba de vida, 2000), donde Meg Ryan y Russell Crowe se enfrentaban a las guerrillas andinas, nuestra trama se desarrolla en pasillos alfombrados, bibliotecas con olor a papel viejo y departamentos universitarios. Los protagonistas no son héroes de acción, sino los académicos españoles de nuestro tiempo. Y las víctimas, retenidas contra su voluntad en un sótano intelectual, son un grupo de monjes dominicos y jesuitas del siglo XVI.

Hablamos de la Escuela de Salamanca. El "secuestro" consiste en una maniobra tan sutil como perversa: buena parte del profesorado y de los investigadores patrios están tratando de adueñarse del legado de estos doctores escolásticos para esconder sus asombrosas contribuciones al conocimiento. En particular, sus revolucionarias intuiciones en el campo de la economía. El objetivo es claro: evitar que estos frailes "contaminen" el relato oficial con sus ideas sobre la libertad.

No fui plenamente consciente de la gravedad de esta situación hasta que acudí a

un congreso con motivo de los 500 años de la Escuela de Salamanca. Allí, entre ponencias y debates, el patrón se hizo evidente. Existe una resistencia numantina en la universidad española a permitir que el foco de atención se desvíe de los "santos mesías" oficiales. Para el académico medio, la economía se basa en la santísima trinidad de Adam Smith, Karl Marx y John Maynard Keynes (incluso, a veces, de forma esquizofrénica, todos a la vez).



El plan es sencillo: proteger a sus autores fetiche y menoscabar a todo aquel que ose transitar una vereda distinta. Para estos centinelas del dogma, la idea de que en la España de la Reforma Católica se fraguaron las bases de la modernidad económica es poco

menos que una herejía. No encaja en su narrativa anglosajona, y mucho menos en la cosmovisión de Marx, hijo putativo de David Ricardo. Por eso, les incomoda profundamente que algunos reivindicamos una tradición católico-continental, defendida por pensadores tan variopintos como Joseph Schumpeter, Marjorie Grice-Hutchinson, Murray Rothbard, León Gómez Rivas o Jesús Huerta de Soto. Una estirpe que conecta a los escolásticos con

Turgot, Cantillon, Menger y Böhm-Bawerk, situando a Salamanca como la verdadera zona cero de la ciencia económica.

Durante el congreso, uno de los ponentes, dotado de una pericia dialéctica admirable pero puesta al servicio de la negación, me recordó inevitablemente a una de las escenas más brillantes de *La vida de Brian* (1979). En el filme de los Monty Python, un grupo de rebeldes judíos discute acaloradamente sobre la ocupación romana. El cabecilla, lanza al aire la pregunta retórica definitiva: "*¿Qué han hecho los romanos por nosotros?*".

Inmediatamente, para su frustración, la asamblea comienza a enumerar: el acueducto, el alcantarillado, las carreteras, la irrigación, la sanidad, la enseñanza, el vino, el orden público... Algo similar, y no menos cómico, le sucedía a este ponente. Su intención era que rechazáramos cualquier vínculo entre los escolásticos y el germen del liberalismo, la modernidad o la Escuela Austríaca de economía.

Sin embargo, los hechos son testarudos. Al intentar despojar a los salmantinos de su "barniz" liberal, la lista de sus "crímenes" intelectuales resulta abrumadora: ¿Aparte de la teoría subjetiva del valor, donde entendieron que el precio depende de la utilidad y la escasez y no de los

costes de producción? ¿Aparte de sus avanzadísimas ideas monetarias, donde Martín de Azpilcueta descifró la teoría cuantitativa del dinero antes que nadie en Europa? ¿Aparte de las teorías de formación de precios y la defensa de la libre empresa? ¿Aparte de las concepciones bancarias de Saravia de la Calle o las críticas de Juan de Mariana al envilecimiento de la moneda, a la tributación desmedida y a la tiranía? ¿A parte de las ideas de Molina sobre la usura o de las contribuciones de Covarrubias? Quitando todo eso, ¿qué tienen de liberales los salmantinos? La respuesta, como en la película, es: prácticamente todo lo que importa.



Es una lástima que muchos académicos se queden enrocados en el arbitrio de Tomás de Mercado (quien, paradójicamente, es en muchos aspectos el menos "salmantino" de los grandes salmantinos) y se dediquen a diseccionar textos que no aportan nada nuevo.

Por supuesto que hay diferencias entre un monje del XVI y un economista del XX o XXI; les separan más de 400 años de historia. Pero lo asombroso no son las distancias, sino las similitudes y la vigencia de sus descubrimientos.

Centrarse exclusivamente en el marco tomista, lo aristotélico, la esterilidad del dinero, lo crematístico o lo medieval para ningunear sus hallazgos económicos es una táctica de distracción intelectual. Es como si un historiador de la ciencia pretendiera analizar a Albert Einstein limitándose a describir que llevaba pantalones de pinzas, que sabía sumar, que tenía un bigote prominente y que era un hombre de su tiempo, para luego añadir en una nota al pie: "Ah, sí, y también escribió un par de notas sobre algo llamado relatividad".

No podemos permitir que el "continente" (el ropaje medieval y teológico) oculte el "contenido" (el descubrimiento de las leyes naturales de la economía). La Escuela de Salamanca fue vanguardia. Poner en valor sus aportaciones no es un ejercicio de nostalgia nacionalista, es un acto de justicia científica. Y esas aportaciones, me temo, tienen una dirección clara: la libertad individual frente al poder arbitrario. Le pese a quien le pese, y sea más o menos conveniente para los intereses de ciertos departamentos.

Existe también, por cierto, un frente de resistencia entre teólogos y filósofos que merece ser tratado. A menudo sobrevuela la idea (casi siempre implícita) de que el mercado libre es intrínsecamente amoral o poco ético, mientras que la intervención estatal (el arte de decirle a los demás qué comprar, qué vender o cómo vivir) goza de una superioridad moral incuestionable.

Aún nadie ha conseguido explicarnos de forma convincente por qué la libre acción humana, el libre albedrío y la función

empresarial son inmorales. Curiosamente, estos moralistas contemporáneos parten de la premisa de que es mucho más cívico y "moderno" el intervencionismo que la libre empresa. Olvidan que los salmantinos, precisamente por ser teólogos, pusieron el foco en la dignidad del individuo y en su capacidad para elegir. Para ellos, la economía no era una ingeniería social fría, sino una extensión de la moral y del derecho natural.

Resulta también paradójico que los verdaderos secuestradores acusen de perpetradores a quienes estamos llamados a rescatar a los pobres salmantinos de las garras de la desidia académica y de los intereses creados. Pero así es la vida. Para desgracia de quienes prefieren mantenerlos bajo llave, las obras de Vitoria, Suárez, Covarrubias o Mariana están ahí, al alcance de cualquiera que tenga la honestidad de leerlas sin prejuicios. Sus ideas son tan claras que deslumbran.



Confío en que dentro de cien años, cuando nuestros nietos celebren el VI Centenario de la llegada de Francisco de Vitoria a la Cátedra de Prima de Salamanca en 1513, las contribuciones de esta Escuela estén ya liberadas de sus cadenas. Espero que para entonces se reconozca plenamente su valor inmortal en la ciencia económica y que nuestro campo de estudio haya vuelto a la senda correcta: la que marcaron los salmantinos, continuaron Cantillon y Turgot, y perfeccionaron los pioneros austríacos.

Quizá entonces, en algún congreso científico del futuro, nos miren con una mezcla de ternura y lástima, como nosotros miramos a los antiguos que creían que la Tierra era plana, y digan: *"Pobrecillos, tenían desde hacía siglos la respuesta a los grandes problemas sociales delante de sus narices y no supieron verla"*.



Sobre la producción estatal de defensa y seguridad

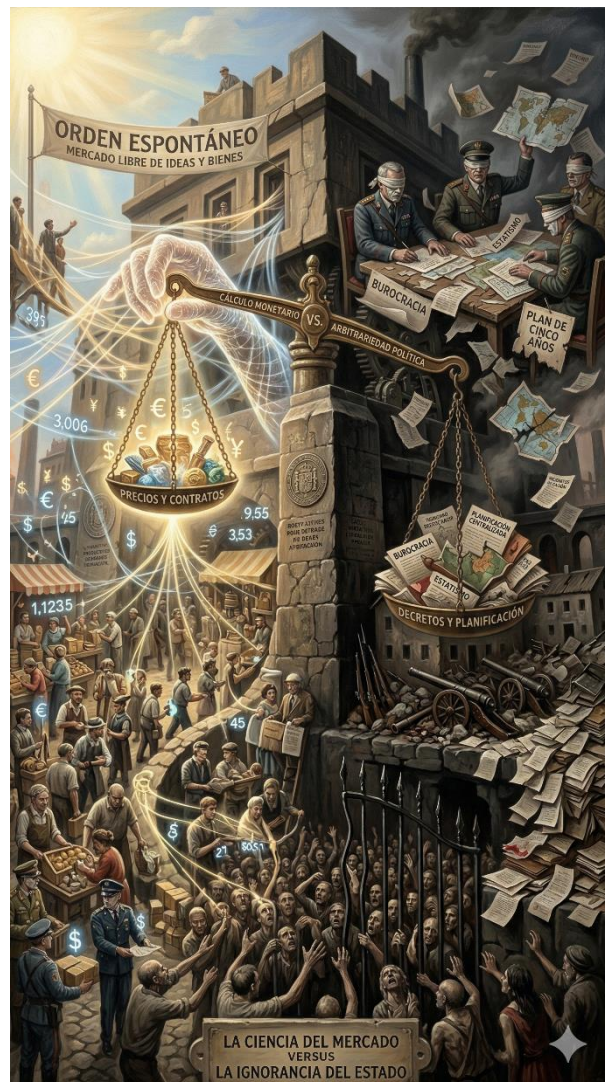
por Pepe Cabrera



En 1920, Mises publicaba el célebre artículo *El cálculo económico en la comunidad socialista*. Su argumento es simple: allí donde se elimina el mercado y, con él, el sistema de precios, el productor pierde la información necesaria para orientar su conducta de un modo racionalmente económico. Por racional, entendemos aquí la existencia de un sistema dinámico de pérdidas y ganancias que disciplina al empresario, sanciona su conducta y le permite ajustar su producción a las preferencias, necesidades y deseos de los consumidores. En un sistema de planificación central —el Estado— los precios de mercado quedan sustituidos por la discrecionalidad de autoridades y funcionarios, que no poseen manera de realizar el cálculo económico.

Conviene recordar que el precio cumple una doble función: a) asigna bienes a quienes disponen de mayor capacidad de intercambio, y b) informa a empresarios y capitalistas sobre qué bienes y servicios son más demandados. Esto último es clave: cuando el sistema de precios que proporciona el mercado queda anulado o interferido, la función empresarial no puede operar adecuadamente y se produce

un empleo no económico del escaso ahorro disponible.



Antes de aplicar este marco al caso concreto de la defensa y la seguridad, resulta útil precisar que socialismo es sinónimo de planificación central, es decir, todo intento gubernamental de organizar la sociedad mediante mandatos. Da igual que el gobierno sea totalitario o democrático, el órgano central de planificación, guiado por directrices políticas, no posee la información precisa para satisfacer racionalmente necesidades particulares. En un sistema de libre mercado, los consumidores —comprando unas cosas y absteniéndose de comprar otras— dirigen la

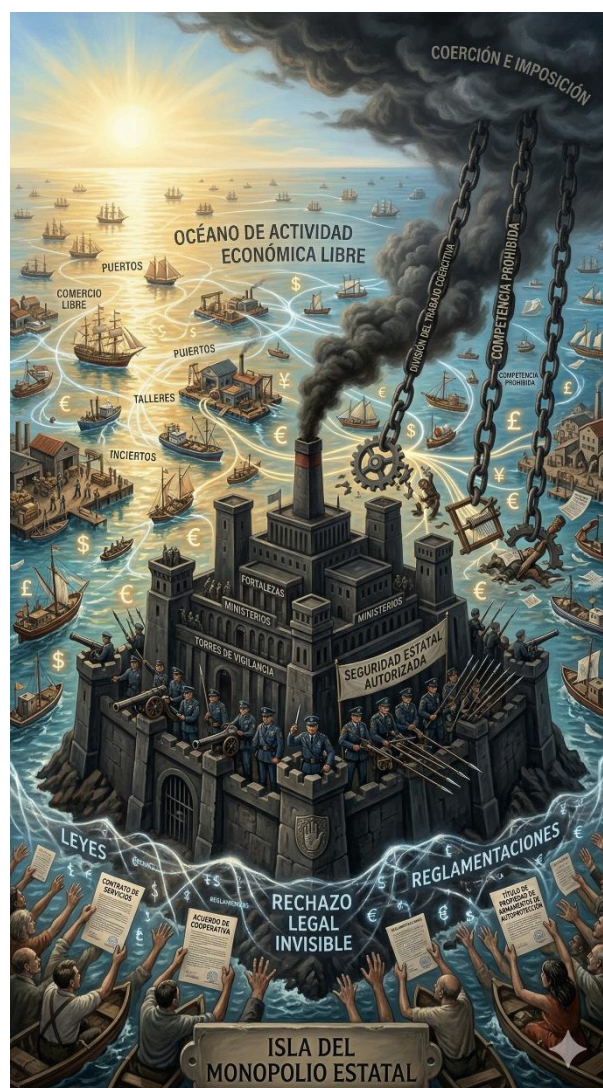
producción en un proceso ascendente. Bajo el Estado, el gobierno decide hegemoníamente la producción de defensa y seguridad.

Nuestra tesis puede formularse con dos proposiciones. Primero, el órgano de planificación —Ministerios de Defensa e Interior— no puede ordenar la producción de defensa y seguridad con racionalidad económica. Segundo, el monopolio impide a otros agentes —individuos y empresas— acometer esa producción bajo criterios de racionalidad económica. Abolidos el libre ejercicio de la función empresarial y la competencia, el monopolio estatal queda como una isla de socialismo en el seno de una economía de mercado. La contabilidad de ganancias y pérdidas, ese criterio que sanciona teórica y empíricamente la conducta económica, desaparece como guía efectiva. Con ello no se niega que el Estado pueda producir cierto grado de seguridad, pero será más cara y de menor calidad que la que emergería del orden competitivo.

En ausencia de mercado, el monopolista carece de una guía clara que le indique quiénes deben ser los productores, qué tipo de servicio debe prestarse, cuánto, dónde o cuándo. Sin propiedad privada de los factores de producción, la racionalidad monetaria —la que permite comparar alternativas mediante precios y costes— queda anulada. La producción «óptima» (no existe un óptimo objetivo) solo puede aproximarse bajo un marco de libertad y propiedad, y ambas exigencias son incompatibles con el monopolio.

Algunos sostienen que la defensa es demasiado importante para dejarla a la «anarquía» del mercado y a los estrictos criterios de rentabilidad. Esta objeción olvida que ningún bien, por «superior» que se lo

declare, puede sustraerse a la necesidad de decidir entre opciones; incluso el honor, que en abstracto no parece objeto de cálculo, obliga al hombre que busca restituirlo a considerar la minuta del abogado y coste de oportunidad del proceso judicial. La diferencia relevante no es, pues, entre actuar racionalmente o no, sino entre hacerlo a tientas —funcionario que planifica sin precios— o con la guía precisa que proporciona el cálculo monetario.



Una primera cuestión es quiénes deben producir la seguridad. Bajo el monopolio estatal, solo determinadas personas — militares y policías— están autorizadas a producir seguridad con armas de fuego. La

población, en la mayoría de países, no está autorizada a usar armas de fuego para la autoprotección. En otros ámbitos, la provisión pública no impide la contribución privada; por ejemplo, la existencia de un servicio de bomberos no impide a los particulares tener un extintor. La prohibición general de portar armas es, por tanto, una restricción a la capacidad defensiva del ciudadano. Además, el monopolio limita la producción de seguridad y cercena la división del trabajo al impedir que un particular o una empresa ofrezca protección a terceros mediante contrato. El daño es doble: restricción de oferta y escasez artificial de servicios de protección.

La segunda cuestión es qué tipo de seguridad debe producirse. Todo gobernante, sujeto a un presupuesto escaso, debe repartir partidas entre servicios públicos, por ejemplo, debe decidir cuanto gastar en armas y cuanto en hospitales. Para resolverlo, el monopolista debe identificar amenazas internas y externas, y elegir entre distintas líneas de acción. La diversidad de posturas nacionales —desde microestados sin ejército hasta potencias intervencionistas— muestra que historia, cultura y situación estratégica moldean las preferencias en defensa y seguridad. Una postura ofensiva suele ser mucho más costosa que una defensiva, y aquí el monopolio decide sin consultar al consumidor. El órgano de planificación adquiere bienes de capital (cuarteles, armas), contrata personal, realiza entrenamiento, etc. y cuanto mayor es el ámbito de actuación más complejo se vuelve el cálculo y más se multiplican los errores. Sin cálculo económico, el planificador no puede saber si se requiere un ejército grande o pequeño, qué combinación de medios es preferible, cuántos efectivos son necesarios ni cómo asignarlos. La intuición sustituye al cálculo y el país queda expuesto al dispendio o, en el extremo, a la ruina que acompaña a la

guerra. En suma, si los factores de producción de defensa y seguridad no son privados, quien decide su empleo —el gobierno— no puede proporcionar una protección adecuada a las preferencias de los consumidores.



La situación del libertarismo en el espectro político

por Nicolás Gómez



A menudo observo conflictos en círculos libertarios con respecto a la cuestión del encuadramiento de estas ideas en el espectro político, y en algunas ocasiones, creo que incluso se llega a malinterpretar el libertarismo fruto de estos debates. Es por ello que, en el día de hoy, trataremos de dar respuesta a estas incógnitas.

La respuesta es más compleja que el simple encuadramiento en alguna de estas dos posiciones, ya que, lo cierto es que no es ni de derechas, ni de izquierdas, pero a la vez es ambas. Sin embargo, no quiero tratar de definir lo que es la derecha y lo que es la izquierda (si realmente puede hacerse tal cosa). Sencillamente nos centraremos en analizar el libertarismo como sistema político, y siguiendo este camino, veremos como la conclusión que planteo, que en principio puede parecer extraña, en realidad, encaja perfectamente.

En primer lugar, debemos definir el libertarismo, muchas veces malinterpretado. El libertarismo moderno se conceptualiza por primera vez en el histórico Hacia una nueva libertad: El manifiesto libertario de Murray Rothbard. La catedral libertaria, tal y como Rothbard la expone, se identifica con un

sistema fundamentado en el derecho de propiedad, y derivado de la aplicación de este principio, en la supresión del poder político, que por su misma naturaleza viola este derecho. ¿Es la definición de libertarismo entonces coincidente con la anarquía de propiedad privada? Sí, pero existe una excepción, referida a un tipo concreto de minarquismo.



El minarquismo es un sistema político basado en la idea de “estado mínimo”, en la que esta organización se limitaría a proveer los servicios de justicia y defensa. Ahora bien, ¿Qué relación mantiene esto con nuestra definición de libertarismo? Lo cierto es que los minarquistas, como acabamos de ver, no entran dentro de los marcos fijados por Rothbard. Sin embargo, un análisis algo más detallado de los tipos de minarquismo nos será de ayuda. Los minarquistas comunes, es decir, aquellos que simplemente lo son por convencimiento, no pueden considerarse libertarios. Esta es una distinción clave entre liberalismo y libertarismo: los liberales (como

este tipo predominante de minarquistas) consideran que el estado es una institución necesaria y buena para garantizar la libertad, mientras que los libertarios consideran que el estado es el mayor detractor de esta. Sin embargo, podemos identificar otro tipo de minarquistas, a los que llamaremos “pesimistas”. Estos minarquistas no lo son por convencimiento: creen que el estado carece de legitimidad y comparten íntegramente la crítica anarquista al estado. Sin embargo, consideran que existen motivos por los cuales la anarquía no puede existir y/o el estado no se puede evitar. Su minarquismo sería la postura que creen más coherente dentro de lo que consideran posible, pero no la ideal. Por eso los llamo pesimistas: reconocen la ilegitimidad del estado, pero consideran imposible la supresión de esta entidad. Es por esto que los clasifico en la frontera del libertarismo. Su análisis del estado es completamente anarquista, pero según esta postura, las condiciones prácticas imposibilitan su realización. Esto no es una defensa de esta línea argumental, por supuesto. Sin embargo, considero que específicamente este tipo de minarquistas sí tienen cabida en la definición de libertarismo. Eso no excusa, sin duda, su enorme tibieza: la postura es completamente inconsistente, pero eso se aleja del análisis que nos ocupa en esta ocasión.

Una vez hecha esta brevísima aproximación al libertarismo, nos centraremos en tratar de relacionarlo con las vagas y ambiguas etiquetas “derecha” e “izquierda”. Sin embargo, no caeremos en la trampa a la que estos términos conducen irremediabilmente cuando uno se enfanga en ellos. No nos hará falta entrar al barro a debatir el contenido de la “derecha” o la “izquierda”, el propio análisis del libertarismo nos dará la respuesta.

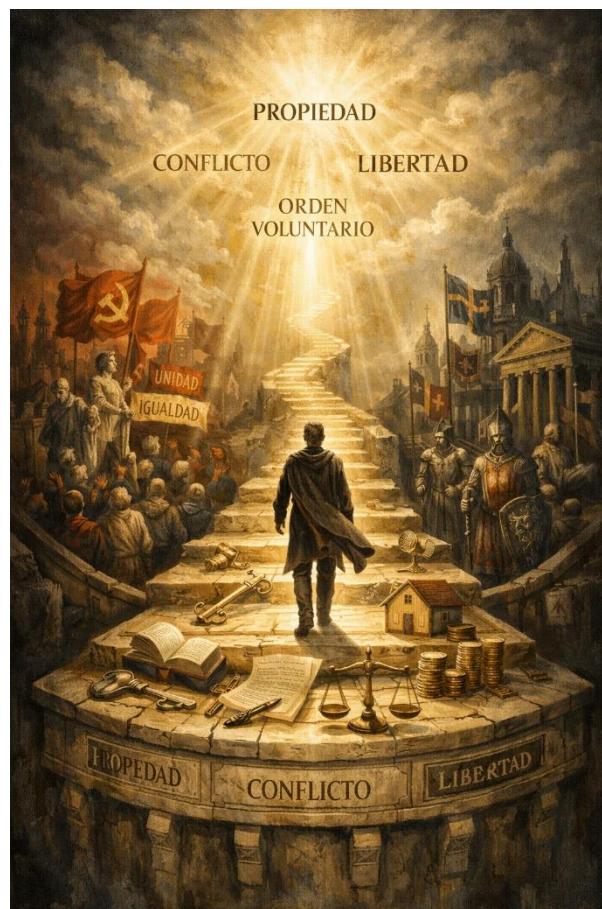
El libertarismo, [tal y como demuestra Hoppe](#), es sencillamente un método de prevención y resolución de conflictos¹¹. Se limita exclusivamente a la regulación y prevención de disputas entre individuos, sin establecer juicios morales más allá de ello. El libertarismo no restringe nada acerca del uso del propio cuerpo y de los recursos legítimamente adquiridos por su propia naturaleza. Como dijo Rothbard en [Big Governments Libertarians](#) y popularizó Hoppe: “El libertarismo es lógicamente consistente con casi cualquier actitud hacia la cultura, la sociedad, la religión o el principio moral.” Es decir, el libertarismo, en palabras del neoyorquino, [“no ofrece un sistema moral completo”](#). Con respecto a la pregunta que nos hemos planteado, esta consideración arroja la suficiente luz como para afirmar que, efectivamente, el libertarismo por sí mismo no pertenece ni al ámbito de la derecha ni al ámbito de la izquierda. Un sistema que centra su análisis en establecer exclusivamente un método para la resolución de conflictos no abarca moralmente lo suficiente como para poder atender a cualquier etiqueta de este tipo. En este sentido, el libertarismo, más allá de la valoración de las cuestiones relacionadas con el conflicto, es moralmente neutro.

Sin embargo, aunque el libertarismo no pertenece conceptualmente ni a la derecha ni a la izquierda, sí podemos afirmar que existen libertarios de derecha y libertarios de izquierda. Aunque esta afirmación pueda parecer inconsistente, la contradicción es sólo aparente. Si, como hemos visto, el libertarismo restringe su análisis únicamente a la prevención y resolución del conflicto, una enorme parte del espectro moral queda vacía. Es en este campo en el que cada libertario incorpora sus propios valores, con el requisito evidente de que estos sean consecuentes con la postura libertaria.

Este es el punto en el que se entrelazan con el libertarismo la derecha y la izquierda. Una enorme cantidad de cuestiones morales, históricas o sociológicas reivindicadas por distintas formas de pensamiento, como antes vimos, son consistentes con el libertarismo, y así lo han hecho notar distintos autores. Por ejemplo, Hans-Hermann Hoppe [ha reivindicado](#) su propia postura como derechista. Por la izquierda, Samuel Edward Konkin III ha hecho lo mismo. En un sentido teórico, vemos divergencias enormes entre distintos autores, que desde fuera mucha gente jamás asociaría al mismo movimiento, pero que sin embargo sí se asientan en los mismos pilares. En un sentido práctico, se han realizado alianzas estratégicas con distintos movimientos de izquierda y derecha a lo largo de la historia del [libertarismo moderno](#), como en el caso de Rothbard, quién [pasó de derecha a izquierda](#) para finalmente retornar a la posición derechista, y realizó a lo largo de su vida alianzas desde la nueva izquierda hasta el paleoconservadurismo.

Recapitulando, en el día de hoy hemos sacado dos conclusiones distintas, pero entrelazadas: por un lado, que los libertarios son aquellas personas que se oponen de forma radical al poder político en base al derecho de propiedad; y por otro lado, que son los libertarios, no el libertarismo, los que pueden encajarse individualmente en las etiquetas “derecha” e “izquierda”. Estas conclusiones hacen que el encuadramiento del libertarismo en el espectro político tradicional resulte imposible, siendo esta paradoja una maldición y una bendición simultáneamente, ya que la versatilidad que permite el libertarismo implica que posturas completamente distintas se encasillen dentro del mismo movimiento. Derivado de esto, la cooperación a veces resulta complicada, pero es fundamental que seamos conscientes de que es precisamente

esto lo que otorga al libertarismo su superioridad moral, siendo necesaria la unión de fuerzas contra el enemigo común: el estado.





Problemas y contradicciones de la democracia

por Daniel Leiva



En la actualidad no existe prácticamente ningún país occidental que no sea democrático. La democracia parece ser el ideal político. Un sistema que no pretende ser un medio para otorgar el mayor bienestar posible a los seres humanos, sino un fin en sí mismo.

El lema “un hombre, un voto” se ha convertido en el estandarte de la igualdad entre los seres humanos, y nadie parece cuestionarse la legitimidad del mismo. Es más; el simple hecho de cuestionarlo suele venir acompañado de calificativos como “fascista” o “autoritario”.

Este es precisamente el fin de este artículo: cuestionar el sistema democrático. Para hacerlo trataremos el sistema democrático desde tres concepciones diferentes de las cuales se podría intentar defender:

- Defensa instrumental: la democracia universal es buena porque tiende a resultados justos o más beneficiosos que sus alternativas.

- Defensa aretaica: porque tiende a educar y ennoblecer a sus ciudadanos.

- Defensa intrínseca: como un fin en sí mismo.

Comenzando por el segundo de los planteamientos, este es relativamente sencillo de desmontar. Basta con revisar el concepto de ignorancia racional.

Adquirir conocimiento tiene un coste. Se necesitan tiempo y esfuerzo, un tiempo y un esfuerzo que podrían dedicarse a alcanzar otras metas personales. Cuando los costes previstos de adquirir un conocimiento de determinado tipo exceden a los beneficios esperados por poseer ese tipo de información, normalmente la gente no se molestará en adquirir el conocimiento.

El coste de formarse en temas políticos es enorme: se requiere formación en economía, filosofía, ética, derecho, y a veces hasta de historia. ¿Cuál es el beneficio que se ofrece en una democracia universal? Un voto; un voto que no cambiará nada.

Parece entonces bastante evidente que el ciudadano promedio no tiene un motivo real para formarse en estos temas, salvo que sea por gusto e interés propio, pero nunca generado por el sistema democrático. Lo expresa mejor que nadie Schumpeter:

El ciudadano típico desciende a un nivel inferior de rendimiento intelectual en cuanto entra en el ámbito político. Argumenta y analiza de una forma que él mismo reconocería de inmediato como infantil en la esfera de sus intereses reales. Se vuelve de nuevo primitivo.

Capitalismo, socialismo y democracia p. 262

Parece evidente que la democracia no tiende a incentivar que sus ciudadanos se formen y tomen decisiones racionales, pero al menos no los hace tomar decisiones irracionales, ¿cierto? Veamos si esto es así.

Existen personas con mayor o menor conocimiento político. Esto es un hecho no controversial, igual que existen personas con mayor o menor conocimiento en medicina,

física o matemáticas. ¿Parecería razonable que la opinión de un médico titulado y la de un contable fueran equivalentes? ¿A quién acudirías en caso de tener un cáncer? ¿Y a quién acudirías en caso de necesitar consejo financiero?

No sólo es evidente que en casos especializados debemos acudir a aquel que sabe de qué habla, sino que también parece bastante obvio que en caso de hacer un recuento de las opiniones populares en temas de especialidad, el resultado distará mucho de lo correcto.

Pongamos un ejemplo radical:

¿Por qué no dejamos que los niños voten? ¿Por qué no permitir que un alumno de primero, de quinto grado, o al menos un estudiante de primero de bachillerato vote? Parece que existen tres razones básicas:

- Pertenencia: los niños todavía no son miembros de pleno derecho de la sociedad, por lo que no merecen votar.

- Dependencia: los niños votarán lo que sus padres les digan que voten, de modo que darles derecho a votar es como darles a sus padres un voto extra.

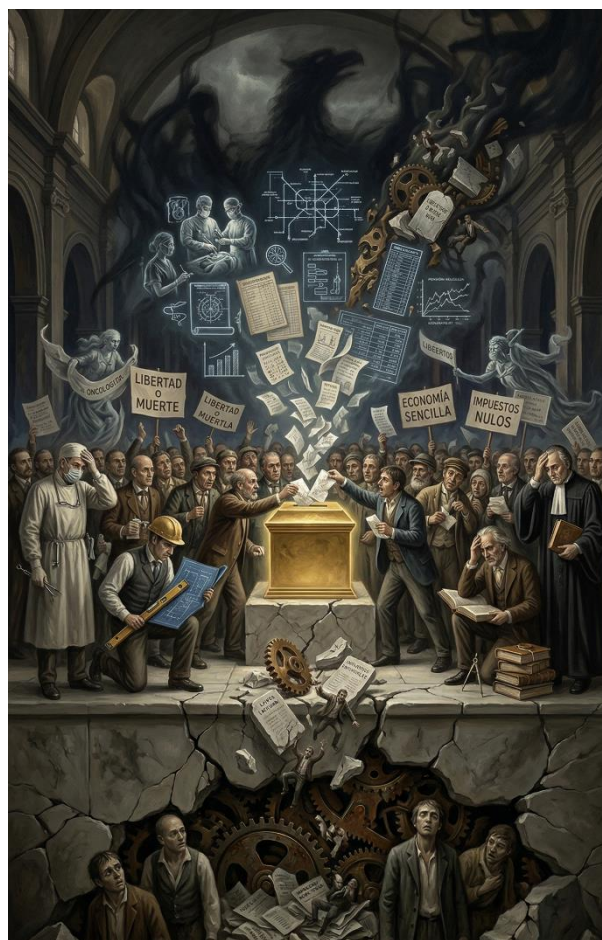
Incompetencia: los niños no saben lo suficiente para votar adecuadamente. [...] el conocimiento político no está distribuido equitativamente entre todos los grupos.

Si crees que el grupo demográfico llamado «chicos de dieciséis y diecisiete años» es demasiado ignorante para votar, también deberías estar a favor de excluir del derecho a votar a la gente de ingresos bajos y a las personas negras, porque habitualmente sus niveles de conocimiento político son comparables.

Veamos las dos afirmaciones siguientes:

- La mayoría de las personas entre catorce y dieciocho años es demasiado ignorante para votar bien, aunque algunos están bien informados. Deberíamos ignorar las diferencias individuales y limitarnos a prohibir que toda la gente de este grupo demográfico vote.

- La mayoría de las mujeres negras pobres es demasiado ignorante para votar bien, aunque algunas están bien informadas. Deberíamos ignorar las diferencias individuales y limitarnos a prohibir que toda la gente de este grupo demográfico vote.



Pero hay un problema. Si llegamos a la conclusión de que éste es el nivel exigible para un chico de dieciséis años, lo cierto es que muchos adultos en edad de votar no conseguirían aprobarlo. Parece arbitrario asumir simplemente que todo el mundo por

debajo de los dieciocho años es incompetente, pero que todo el mundo por encima de los dieciocho es competente.

Parece injusto privar del derecho a votar a los chicos de dieciséis años competentes y con sentido común únicamente porque son miembros de un grupo demográfico que en conjunto no es particularmente competente, mientras que no estamos dispuestos a discriminar a otros grupos demográficos con niveles de ignorancia política parecidos.

Imaginemos lo que sucedería si sometemos a votación popular cuál debe ser el tratamiento para el cáncer de páncreas, cómo debemos instalar el sistema de cableado del metro de Madrid, o cómo llevar la contabilidad del sistema de pensiones. Reinaría el caos.

Ahora bien, si nada de esto nos parece razonable, ¿por qué la mayoría de ciudadanos deciden sobre impuestos, política económica, inmobiliaria, etc? ¿Acaso no son tan ignorantes en medicina como en estos temas?

Veámoslo de manera analítica, para mayor claridad:

- Principio de verdad: existen respuestas correctas para (al menos algunas) cuestiones políticas.

- Principio de conocimiento: algunos ciudadanos saben más de estas verdades o son más fiables para determinar esas verdades que otros.

- Principio de autoridad: cuando algunos ciudadanos tienen un conocimiento o una fiabilidad mayores, esto justifica que se les conceda autoridad política sobre aquellos con menor conocimiento.

- Principio de antiautoridad: cuando algunos ciudadanos son moralmente inaceptables, ignorantes o incompetentes respecto a la política, esto justifica que no se les

permita ejercer autoridad política sobre los demás. También justifica que se les prohíba ostentar poder o que se reduzca el poder que tienen, para proteger de su incompetencia a las personas inocentes.

Dicho esto, incluso si en el pasado la desigualdad política era injusta, de eso no se deduce que la desigualdad política sea inherentemente injusta. Incluso si las personas fueron excluidas del poder político por razones equivocadas, tal vez existan buenas razones para excluir a ciertas personas de tener una cuota de poder político.

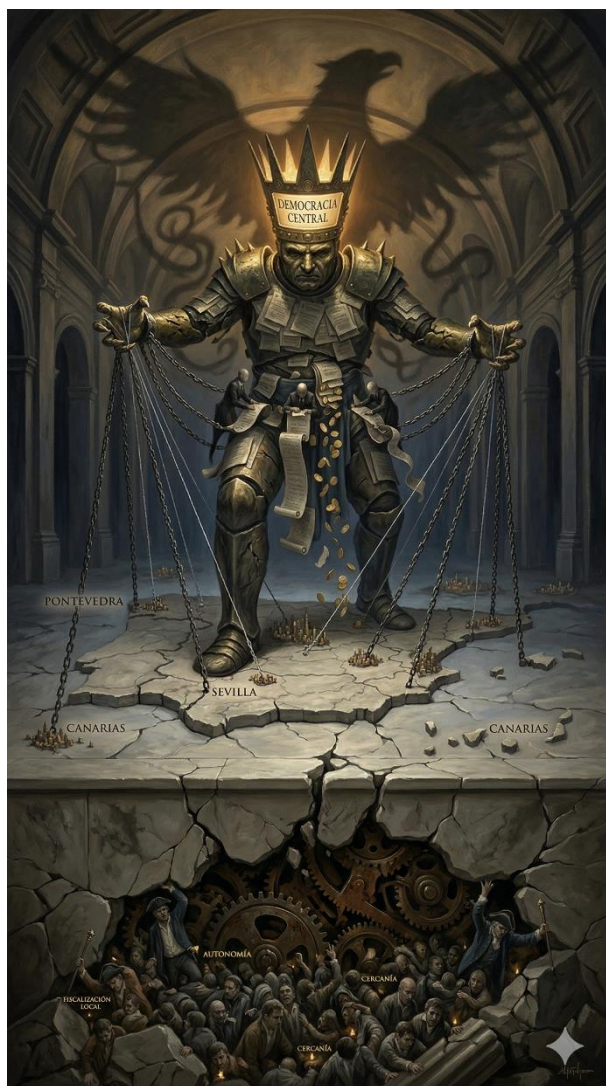
Algo a destacar es que esto no quiere decir que la ciudadanía sea perversa en su conjunto. Estoy personalmente convencido de que la inmensa mayoría de la población no busca más que el bien común, y toma las decisiones que cree convenientes para alcanzarlo.

El problema viene de lo que hemos estado comentando: **la gran mayoría de personas no tiene capacidad para elegir en temas complejos, y mucho menos debería tener autoridad para imponer esas opiniones a terceros.** Que tengan buenas intenciones no se va a traducir en que los resultados de las mismas sean beneficiosos. Más bien al contrario.

Entendiendo esto, es bastante sencillo discernir por qué la democracia tampoco debería tener peso desde una perspectiva utilitarista o instrumental.

Por muy buenas que sean las intenciones de los gobernantes y sus votantes, lo más probable es que los resultados de sus acciones fueran desastrosos para la ciudadanía y el país.

Y otro asunto a tener en cuenta es el territorial: ¿por qué alguien que vive en Pontevedra debería poder elegir lo que se hace en Sevilla? ¿Qué autoridad tiene un peninsular para decirle a un canario como debe vivir? Podríamos aceptar una suerte de autoridad local, que además facilitaría el conocimiento real de los problemas, ¿pero una a gran escala?



El centralismo político es una de las mayores rémoras de la política moderna. Complica la toma de decisiones y hace que quien las toma esté totalmente alejado de la gente a quienes afecta.

Además, es mucho más sencillo controlar a un concejal o alcalde en un pueblo o barrio,

que a un presidente nacional. Quienes viváis en zonas rurales o urbanas pequeñas, estoy seguro de que conoceréis, aunque sea de vista, a quienes están en el ayuntamiento. De este modo es más sencillo tenerlos fiscalizados.

Si se corrompen, es más fácil notarlo: un coche caro, cenas de alta gama, estilos de vida poco habituales. Todo ello se percibe más fácil cuanto menos gente haya. En un pueblo todos se conocen, se acaba sabiendo todo.

Vale. Muy bien entonces. La democracia no es un sistema deseable. ¿Entonces qué? En mi humilde opinión, lo ideal sería un sistema de gobierno privado o una anarquía de propiedad privada, pero comprendo que no todos estaréis de acuerdo. Por esta razón, daré una serie de medidas que podrían hacer el sistema de elección mucho menos injusto.

Exámenes de acceso al voto. De este modo se impide que aquellos que no tengan ni idea puedan elegir qué se hace o deja de hacer. Estos exámenes serían neutrales, con cuestiones alejadas de la ideología o el pensamiento político. Podría funcionar de varias formas: impidiendo votar a quienes suspendan, o dando más votos a quienes saquen mejores notas. También podría ser una mezcla de ambas.

Descentralización política. Los territorios pasarían a estar divididos, y cuanto más mejor. España podría seguir existiendo como nación, y tal vez tener algunas funciones centrales (ejército, diplomacia internacional, etc), pero el funcionamiento local sería totalmente autónomo. Cada unidad gubernamental podría elegir cuántos impuestos recaudar, en qué gastarlos, qué políticas tomar, etc. Esto permitiría varias cosas: fiscalizar mejor a quienes tienen el poder, y sobre todo establecer un sistema de competencia política. Las zonas que mejor

funcionasen podrían ser copiadas por las demás, y en caso contrario, sus habitantes podrían votar con los pies de manera más sencilla y barata que emigrando a otro país.

Dudo que ninguna de estas medidas se tome, o siquiera se plantee en el debate político. A los políticos no les interesa quitarse poder. No obstante, el hecho es que vivimos en un sistema democrático, y esto no parece que vaya a cambiar en el corto o medio plazo. Por tanto, plantear estas cuestiones puede ser beneficioso.



No somos ratas ni mariposas, somos seres humanos creativos

por Daniel Montesinos (@bitancap)



Quizás es mi percepción, pero existe y se extiende la triste y estúpida creencia de que somos muchos en el planeta y que no hay recursos para todos. Este tipo de pesimismo no es nuevo. Aunque se bautizara como malthusianismo en honor al errante economista del siglo XVIII Thomas Malthus y su obra *Ensayo sobre el principio de la población*, la idea de que un mundo pasado fue mejor se viene arrastrando desde la antigua Grecia. Tampoco es el único científico errante, puesto que en el siglo pasado el humillado Paul R. Ehrlich insistió en esa falsa percepción. Y digo falsa porque cuando se asume que los humanos actúan como ratas o mariposas en un espacio confinado con recursos dados, se comete un gran error: no tener en cuenta la capacidad creativa del ser humano, que no solo utiliza recursos, sino que los crea, los abarata y los mejora.

En 1980, el biólogo Paul R. Ehrlich, autor de la catastrofista y errada obra *La bomba poblacional*, aceptó un reto que marcaría su carrera. Convencido de que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina por culpa de la sobrepoblación, apostó contra el economista Julian Simon a que el precio de cinco metales básicos subiría debido a su inevitable escasez. Diez años después, Ehrlich tuvo que firmar un

cheque a favor de Simon: los precios habían bajado. El "mariposero" Ehrlich perdió porque cometió el error de base de todos los neomalthusianos: tratar a los seres humanos como mariposas, es decir, simples consumidores de recursos, ignorando que somos, ante todo, sus creadores.

Resulta curioso que estos neomalthusianos nos condenen al apocalipsis una y otra vez sin acertar nunca. Ya sean terribles hambrunas, glaciaciones globales o calentamientos que provocan devastadoras crecidas oceánicas, aquí seguimos; cada vez somos más y estamos mejor. Vivimos en la época de mayor prosperidad de la historia, no solo para el ser humano, sino también para todas las sobrevaloradas mascotas que algunos maltratan encerrándolas en pisos o jaulas e incluso paseándolas dentro de carros para bebés humanos. No hablemos ya de cuando las visten y las disfrazan para entretenerse; todo un circo privado para supuestos amantes de los animales.

Esas mascotas que el ser humano explota anteponiendo, en la mayoría de los casos, su propio beneficio al del animal, son utilizadas para alcanzar fines como el acompañamiento, la seguridad, el control de plagas de otros animales o el entretenimiento. Sin la creatividad humana y sin el aumento de población en el planeta, su número sería mucho más reducido y vivirían por menos tiempo y en peores condiciones. Solo en un mundo donde la abundancia y la prosperidad se asemejan a la actual, es posible ver lo que vi recientemente: un cánido de 15 años en cuidados paliativos con costes veterinarios que superan la manutención de familias enteras en zonas subdesarrolladas. Tristemente, el delirante "amor" por los animales ha superado al amor por los iguales, incluso en muchos casos, por los propios padres a quienes debemos la vida.

Esta distorsión moral que prioriza el bienestar de un animal sobre el de un semejante no es casual sino el resultado de un éxito que los neomalthusianos se niegan a reconocer. La función empresarial ha sido tan desbordante en su creación de medios y recursos que ha generado un excedente de prosperidad tal, que permite el lujo de mantener estructuras sentimentales totalmente alejadas de la realidad biológica y económica. El hecho de que hoy existan recursos para sostener este circo animalista es la prueba definitiva de que la acción humana no solo sobrepasa los límites de la naturaleza, sino que los redefine constantemente. Solo desde la opulencia que nos brinda la creatividad humana podemos permitirnos el error de despreciar la importancia de nuestra propia especie.

La palabra empresario ha sido denostada y desprestigiada, pero todos y cada uno de nosotros somos empresarios. Debemos entender que todas las personas somos emprendedoras cuando tomamos acción para alcanzar nuestros fines y objetivos, y para ello, nos ayudamos de los medios escasos de los que disponemos. Cuando lo hacemos, se crea nueva información ya que se producen cambios en el entorno y en nosotros mismos. Esta nueva información también son medios que podemos usar para alcanzar otros fines y cuándo la descubrimos e identificamos oportunidades para mejorar nuestra situación estamos ejerciendo, lo que los buenos economistas llaman, la función empresarial. Sin duda, una característica del ser humano que lo hace tan especial.

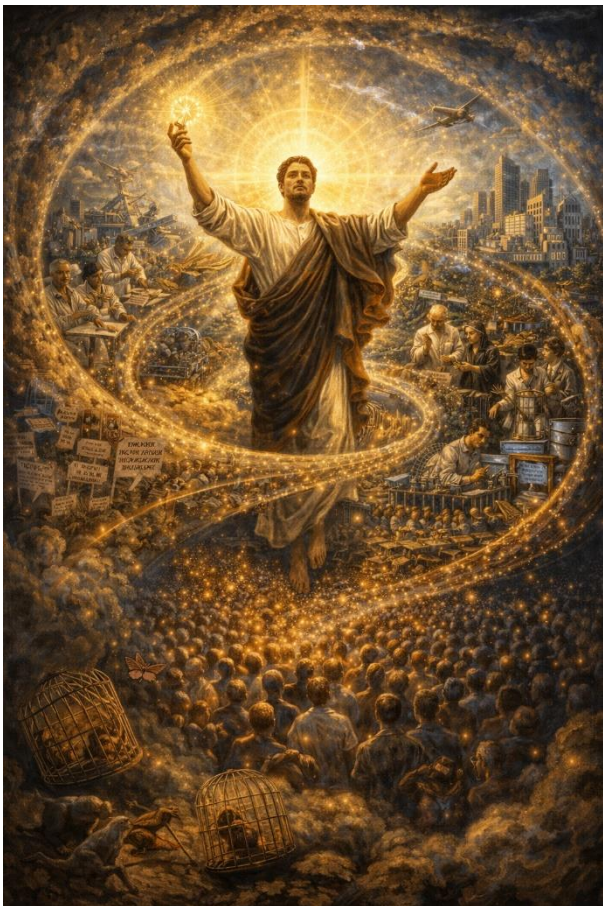
La capacidad de asimilación de conocimiento de la mente humana es la más avanzada de todas las especies vivas, pero es limitada. A su vez, como ya mencionamos, la función social empresarial está continuamente creando nueva información. Esta limitación del

cerebro humano requiere que el conocimiento se divida entre las personas y cada persona se especialice en un ámbito del conocimiento, ya que una sola mente o un grupo reducido de mentes no son capaces de gestionar el enorme volumen de información generado por millones y millones de personas ejerciendo continuamente la función empresarial. Esa división del conocimiento, cada vez más profundo y detallado, exige necesariamente un incremento en el número de seres humanos que a su vez generan nueva información.



Es por ello por lo que debemos defender el aumento de la población, eso sí, acompañado de libertad. A mayor número de personas ejerciendo la función empresarial, mayor será

la creación y dispersión de información, y mayores serán los medios para alcanzar nuestros fines en colaboración unos con otros. Es importante resaltar que sin libertad para ejercer la función empresarial no habría prosperidad ya que si limitamos la capacidad del ser humano para innovar y desarrollar su creatividad seguiríamos viviendo como lo hemos hecho durante la mayor parte de la historia de nuestra especie, en la pobreza y en la misera. Más seres humanos no significa menos para todos, sino un aumento de la prosperidad y el bienestar general que alcanza a personas, plantas y animales. Al final del día, el ingenio humano es el único recurso que, lejos de agotarse, se multiplica cuantos más somos y cuando se nos permite desarrollarlo en libertad.



Gracias por leer.

Esta revista está patrocinada por:

LIBERTAD INDIVIDUAL



ANCAST



ANARCOGAL



Si quieres participar en la próxima edición puedes enviar tus artículos a jorgee99h@gmail.com

También buscamos revisores y editores.

Revista disponible en libertadindividuo.com